Sta. Stella Sanchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 19

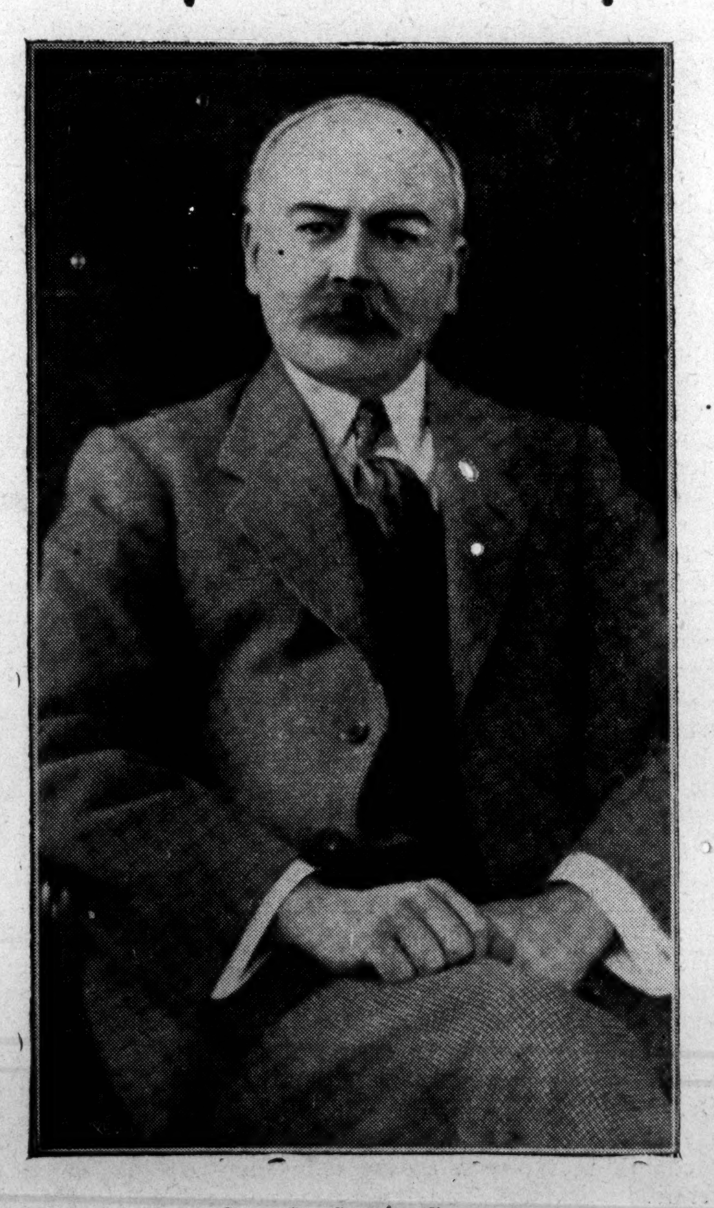
SAN JOSÉ, COSTA RICA **1923** LUNES 13 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Posible rumbo del hispano-americanismo

Todo movimiento de aproximación entre naciones es una obra de cultura. Ello es tan cierto que las dos grandes invenciones del espíritu humano, el fuego y la rueda, no superadas todavía, a pesar de los adelantos de la técnica, sirvieron originariamente para agrupar a los hombres alrededor de un hogar y para suprimir las distancias entre un pueblo y otro. Desde entonces el fuego y la rueda han continuado esa obra de aproximación. El hombre moderno, aplicando el vapor a la navegación y al transporte de vehículos sobre carriles de acero, ha continuado la obra de civilización iniciada por el hombre primitivo con aquellos famosos descubrimientos. Y avanzando un punto, ha conquistado el aire y suprimido las distancias en beneficio de la aproximación de los pueblos unos a otros. Parece que, en definitiva, el curso de la civilización fuera el que señalan los inventos destinados a aumentar la facilidad de los transportes y a acercar a los hombres. La guerra misma, negación de toda cultura, es también un elemento civilizador, porque pone a los pueblos en contacto. Es ya un lugar común en los estudios históricos el demostrar el benéfico influjo de las Cruzadas sobre la civilización de Europa, no porque hubieran llenado su objeto, sino porque, poniendo en contacto a los pueblos europeos unos con otros y con los de Oriente, hicieron posible la modificación de la mente humana y el aparecimiento del concepto moderno de Estado. Las guerras de la primera República francesa, y las del Imperio, que causaron en Europa la ruina de la vida económica, no sin invertir el significado general de la vida, fueron menos deletéreas de lo que parecen, por haber aproximado nuevamente y con mayor intimidad a los pueblos de Europa. La guerra de 1914 no ha hecho sentir su benéfico influjo, porque, para desdicha de los pueblos europeos, esa guerra no ha terminado ni lleva trazas de acabar.

Dos tendencias predominan hoy en el desenvolvimiento de las nacionalidades: el nacionalismo estrecho e intransigente y el internacionalismo, que, en el otro extremo, aspira a transformar o a destruir por completo la noción de patria. Las exageraciones del primero de estos movimientos han causado la guerra de 1914 y mantienen en estado de perpetua fluidez las fronteras de los Estados. Amenazan con disolver, de un lado, las grandes nacionalidades históricas, creando, en otro sentido, conglomerados artificiales fundados en el odio de tribu. Ninguna de estas tendencias está llamada a prosperar. Los filósofos y estadistas del siglo XIX creyeron que el porvenir era de las grandes nacionalidades, y pronosticaron el advenimiento de Estados formidables que se absorberían las pequeñas unidades políticas. La historia contemporánea prueba que mientras más grande es un Estado, es más efímera su existencia. Por otra parte, la Administración se ha complicado a tal punto que la inteligencia del gobernante no alcanza a abarcar todos los detalles de la función gubernativa en un grande Estado. Por esto las naciones pequeñas son hoy las mejor gobernadas, y en ello no influye la forma de gobierno. Uruguay, que es una República, es uno de los países mejor gobernados de América; Dinamarca, una Monarquía antiquísima, es, acaso, la nación mejor administrada de Europa.



Don B. SANÍN CANO

En nuestros días existe la tendencia a formar agrupaciones de Estados, sea por medio de tratados, sea por medio del principio federativo, en el cual cada elemento del grupo conserva todos los aspectos originales de su soberanía. A esto recurren las naciones, bien sea para defenderse de verdaderos o supuestos peligros o para acendrar la virtud de sus comunes ideales. En esta última forma es concebible el entendimiento de España con las repúblicas españolas del otro lado del Atlántico. Se conservarán los

ideales nacionales dentro de una aspiración común, sostenida por el reconocimiento de intereses armónicos. Todos los intereses legítimos son armónicos. La federación tiende a desarrollar con el tiempo un alma colectiva, lista a la defensa de sus ideales y capaz de desenvolver armónicamente las fuerzas físicas y morales de que el todo se compone. Habrá una limitación de soberanía; pero todos sabemos que aun dentro de los límites de la actual anarquía internacional, la soberanía de las naciones sufre limitaciones inevitables. Por otra parte, la soberanía no es un derecho, sino una función, cuyo órgano desaparece en cuanto la función deja de existir.

Una nación no está determinada únicamente por su distancia de la línea ecuatorial; por el curso de sus ríos; por la dirección de sus cordilleras o la profundidad de sus valles, como lo creyeron los filósofos naturalistas del siglo XIX. Una nación es una idea; una cadena de aspiraciones e ideales. Si un pueblo necesita del concurso de otro u otros países para realizar aquellos ideales, forma con ellos una unidad política mayor. No sería raro, por esto, el hecho de que una nación empezase en la costa cantábrica, se extendiese a las sierras de Granada, yendo, por razones desconocidas de su misión histórica, a continuar su existencia en las mesetas de los Andes colombianos y en la placidez de la Pampa argentina. Así, puede un pueblo realizar el más generoso concepto de la vida, que es el goce completo, total y simultáneo de la existencia, cumpliendo la norma filosófica de la diversidad en la unidad.

Los dos acontecimientos históricos de más trascendencia en los tiempos modernos fueron cumplidos por la gente española. El descubrimiento, la conquista y colonización de América es el primero de estos sucesos. Con el descubrimiento de América cesó el concepto vital conocido con el nombre de la Edad Media. Allí empezó el reinado de la experiencia. Y, por una bien hallada disposición de los hados, fué en los albores del siglo XV cuando el hombre se descubrió a sí mismo. Desde entonces acá empezó el individuo a ser tenido en cuenta en el estudio del hombre y de la historia. Del punto de vista material, los resultados del descubrimiento de América son casi incalculables. Supongamos que un planeta nuevo, incólume, de una superficie igual a la séptima parte de la superficie de la Tierra, viniera hoy a caer en las soledades del Océano Pacífico, sin causar inundación en el otro Continente: un milagro como este representa históricamente el descubrimiento de América. Cuando en el siglo XIX la aplicación del vapor a la navegación hizo posible el transporte de los frutos americanos al viejo Continente, el mundo empezó a darse cuenta del significado histórico del descubrimiento de América. La población de Europa, a principios del siglo XIX, era de ciento setenta millones de habitantes; a principios del siglo XX había subido a cuatrocientos noventa. Jamás se había visto crecer la población del viejo mundo en una proporción tan elevada. Los frutos de América habían hecho posible este aumento de población, índice, por otra parte, de un desarrollo fabuloso de la riqueza europea en su simple contacto con las oportunidades naturales de un Continente virgen.

El otro acontecimiento fué la creación de diez y nueve nacionalidades nuevas en América, a principios del siglo XIX. No hay suceso histórico de igual trascendencia. Hasta entonces, los pueblos pasaban de un soberano a otro, por derecho de conquista o como pasan los semovientes en una transacción comercial. Los españoles de América probaron a principios del siglo XIX que la voluntad y el esfuerzo de los brazos guiados por un ideal bastan para crear una nacionalidad, y con ello cambiaron la faz del mundo político. Fueron esos españoles los que sentaron desde entonces el principio de que los pueblos tienen derecho a disponer de sus propios destinos. Ese empeño surgió en América en el momento en que en Europa un hombre, con el poder de sus ejércitos, distribuía coronas y señalaba con su espada el límite de los reinos, en un mundo atónito con el ruido ensordeciente de las grandes batallas. El derecho de los pueblos a disponer de sus propios destinos es una doctrina española mantenida por los peninsulares en siete siglos de pugna constante contra el árabe, y por los españoles de América en todo el siglo XIX y XX.

La labor de España en los tres siglos de conquista y colonización había preparado a esos pueblos para hacer vida civil en la comunidad de las naciones. Fueron recibidos de una vez, y con todas las prerrogativas de los grandes Imperios, al concierto internacional. Como Palas Atenea del cerebro de Júpiter, así brotaron esas naciones, armadas de todas armas, de la fecunda madre española. La China, dueña de una civilización más vieja que la historia de los pueblos occidentales; la China, semejante a un universo por la extensión de su territorio y la diversidad de sus pueblos; la China, patria de moralistas y filósofos que se habían adelantado a todas las teorías y a todas las normas de los profetas y de los sabios conocidos en Occidente, hubo de consentir en que le impusieran limitaciones a su derecho para entrar a la comunidad de las naciones. El Japón, refinado y austero, fué tenido por nación salvaje, a pasar de sus artistas y de sus artesanos, hasta el día en que mostró ante la Europa escéptica que podía ejercer el estrago en la misma medida que las llamadas grandes potencias. Y solamente entonces logró que se abolieran las imposiciones de extraterritorialidad que le había sido forzoso aceptar para entrar a la comunidad de los pueblos cultos. Turquía, un Imperio rival de las grandes potencias, se encabrita todavía y amenaza turbar la paz del mundo, si no se declaran abolidas las capitulaciones que la hacían digna de figurar en el concierto europeo.

Las naciones americanas entraron de una vez a la vida internacional con toda la plenitud de derechos que los grandes Imperios de la época. Tenían derecho a esa prerrogativa, porque España las había hecho dignas de todas las ventajas de la vida civil. Se ha dicho que España no es ni ha sido nación colonizadora. Pongamos los ojos en la India. Allí están los ingleses desde el siglo XVII. En tres centurias, aquel pueblo sigue siendo víctima de su propio espíritu de casta. La influencia inglesa, la educación inglesa no han podido o no han querido destruir ese sentimiento que mantiene a las tribus en estado de abyección En trescientos trece millones de habitantes no hay sino diez y ocho millones que sepan leer y escribir; de modo que el tanto por ciento de analfabetas en la más rica de las colonias inglesas pasa del noventa y cinco por ciento, una cifra que no tiene igual, como no sea en los pueblos que no han entrado en contacto con las naciones civilizadas.

Se han hecho en Europa grandes aspavientos antes de 1914 sobre la pérdida de vidas y haciendas que representaban las guerras civiles hispano-americanas. Para dar una idea de la enormidad de aquellos estragos, hoy, teniendo a nuestro alcance un punto de comparación, podemos decir que la destrucción de vidas y haciendas causada en cincuenta años por las Repúblicas hispano americanas en sus guerras civiles pueden compararse al daño hecho en dos semanas por las grandes potencias en la guerra mundial.

Las guerras civiles de América se pelearon con el objeto de conquistar ciertos derechos para el individuo. En la mayor parte de aquellas naciones los derechos se han hecho efectivos. No es tiempo todavía de emitir concepto sobre la efectividad de las conquistas morales realizadas por la guerra de 1914. No ha terminado aún.

Pero podemos señalar alguna de sus fatales consecuencias. La guerra de 1914 ha exacerbado el nacionalismo. Cuando los pueblos empezaban a libertarse del fanatismo religioso, ha venido el fanatismo nacionalista a llenar su puesto. No se quema ya a los hombres por sus creencias religiosas; pero los ahorcan o fusilan porque tuvieron la imprevisión de nacer más allá de ciertas fronteras. No se hacen autos de fe con libros heréticos, pero se eliminan las novelas y folletos tachados de antipatrióticos por una censura casi analfabeta.

España, he dicho, ha sido el brazo en las obras más trascendentales de civilización que han visto los tiempos modernos. Puede ser el brazo y el cerebro de la obra que reclaman los tiempos, es, a saber, la pacificación de los pueblos. Reunida en una confederación con los pueblos americanos, formará una agrupación suficientemente extensa para estar a cubierto de ambiciones territoriales y suficientemente poderosa para imponer la paz con el influjo de su poder moral o aplicando, con un criterio de absoluta justicia, la sanción económica que ponen a su disposición sus variadas riquezas naturales, casi inagotables.

B. Sanín Cano

(*La Esfera*, Madrid).

Nuestros héroes y nuestra juventud

Este discurso se pronunció en la ceremonia conmemorativa del centenario de Lerdo; se publica en memoria de nuestros héroes; se consagra a nuestra juventud.

Los tiempos son difíciles. Nuestros jóvenes están desorientados; sus maestros no han sabido elevar sus espíritus; han fracasado en su educación moral. Se olvida que la acción creadora, urgente hoy, supone sólida y clara ideología.

Se habla continuamente de nuestras riquezas; se exalta la importancia de nuestras reservas materiales; nunca se recuerda lo que de glorioso tiene nuestro pasado espiritual, ni se habla de cómo debemos construir nuestro futuro.

Presentemos ante el mundo nuestras reservas morales. Hagámoslas surgir; utilicémoslas, volviéndolas actuales. Acudamos a ellas para llegar a conocer la realidad espiritual de nuestra Patria. Hurguemos en la vida de nuestros hombres puros y fuertes; elevemos así nuestra propia vida; procuremos terminar la obra de nuestros héroes; seamos semejantes a ellos.

En nuestra historia, no se encuentra otro núcleo de hombres más puro, más homogéneo, más inteligente que el de la Reforma. Estudiemos todos y cada uno de ellos. Valientemente, analicemos su alma y tratemos de comprenderla. La crítica creadora debe entender, construir. Hagamos esa crítica; dejemos la otra, la que sólo destruye, para los despechados que no saben dirigir su mirada al horizonte dorado por el sol.

Ciudadano Gobernador del Estado, Señoras, Señores:

Pertenezco a la generación que empezó a trabajar en plena lucha. Las furias se habían desatado en nuestra patria. El reajuste social se había iniciado. Comenzaba una franca revisión de valores.

Esta crisis, que apuntaba en 1910, nos sorprendió. La primera solución nos dejó estupefactos. Creíamos disfrutar de permanente paz orgánica. Juzgábamos intocable al Dictador.

Estudiantes durante la última etapa de la Era Porfiriana, sólo habíamos escuchado hosannas para el Caudillo y sus Ministros. Al Dictador lo respetábamos temerosos como a un dios patriarcal; a sus colaboradores, como a divinidades de su Olimpo; y su obra la admirábamos y la creíamos firme y grande; para juzgarla, citábamos la augusta paz de Octavio.

Y después, brúscamente, se rompió el encanto, y una realidad, muy otra, se ofreció a nuestros ojos. Nuestros maestros no nos habían dicho toda la verdad. El edificio tenía bases de arcilla. Una vez derrumbado, entre la arena ruinosa, solamente lucieron los despojos imperiales y áureos reflejos de epopeyas lejanas.

La verdad se nos brindó desnuda. Junto al disciplinado grupo de estadistas vigorosos y sabios, herederos de la glorias de Arriaga y de Barreda, de Lerdo y Degollado, medraban negociantes ávidos de riqueza. Las alas que algunos batieran en su gloriosa juventud se habían quemado en las sórdidas fraguas de Plutón. Para nosotros, estudiantes entonces, solamente una figura blanca y venerable quedaba en pie. Sus manos no se habían contaminado; sus oídos habían sabido escuchar el latir de quienes tenían hambre y sed de justicia; su amor le había hecho comprender la inquietud filosófica de las nuevas generaciones.

Nos refugiamos entonces en la Escuela y nos pusimos a pensar. Educados en un materialismo histórico mediocre, discípulos del positivismo, mezquino y pusilánime, nuestra alma no estaba satisfecha. Sedienta de luz y de espacio, rompió al fin tan estrechas barreras y se lanzó a volar, y latió con Bergson y con Nietzche, con Spinoza y Kant.

Pero la vida nos llamaba. El fragor de la contienda atravesaba los espesos muros de la Escuela. No era fácil ni humano mantenerse impasibles y mudos, en la labrada y venerable sillería secular. No era propicia la torre de marfil. Tuvimos que escuchar. Los más arrojados, los más resentidos se lanzaron al campo; los demás bregamos en la escuela, en la ciudad.

Pero la lucha supone un ideal. Supone un modelo. Los tiempos eran duros. Ya lo decía Romain Rolland, el viril partero de almas que ha dedicado su obra apostólica a los espíritus libres de todas las naciones que sufren, que luchan y que sabrán vencer:

«El ambiente es pesado,—escribe. —La vieja Europa se atrofia en una atmósfera espesa y viciada. Un materialismo sin grandeza aplasta el pensamiento y estorba la acción de los Gobiernos y de los individuos. El mundo muere asfixiado en su egoísmo prudente y vil. El mundo apesta. Abramos las ventanas. Hagamos penetrar el aire libre. Respiremos el aliento de los héroes».

Y Romain Rolland presenta a la juventud del mundo el ejemplo de los héroes. Le ofrece modelos que seguir. Y así hace desfilar a Beethoven, el hombre fuerte y puro, a Miguel Angel, el genio doloroso, a Tolstoy, el último cristiano.

La vida de estos hombres, sus pensamientos, sus luchas presentadas a la juventud le deben servir de ejemplo, estimularla, sostenerla en la lucha. Estos hombres sufrieron y triunfaron. A pesar del medio hostil, de la ruindad reinante, su genio supo imponerse y triunfar. Tómalos de ejemplo. Cuando dudes, cuando a tu alrededor no encuentres nada grande, vuelve tu mirada al héroe y trata de imitarlo. Respira su aliento. Sé como él.

El maestro de las nuevas generaciones mexicanas, el inolvidable Justo Sierra, bien lo comprendió. Si su sensibilidad exquisita le permitió escuchar la inquietud del pueblo mexicano, sediento de justicia, su inteligencia le hizo comprender que la juventud necesitaba ideales y ejemplos. Y nos legó un libro que es su testamento intelectual: «Juárez, su Obra y su Tiempo». En sus páginas, el joven mexicano encuentra muchos ejemplos gloriosos que seguir; por ellas desfilan las personalidades más puras y fuertes que ha producido nuestra Patria. Juárez, Ocampo, Comonfort, Guillermo Prieto, Santos Degollado, Sebastián Lerdo de Tejada... Recordando estos nombres, nuestra fe aumenta. Si México ha tenido por hijos tales gigantes, México ha sido y será grande. A pesar de todos los pesimismos egoístas, México triunfará. Como resurgió grande de la santa hoguera purificadora de la Reforma, resurgirá de la actual. Mejor

dicho, ya resurge. Ya se vislumbran horizontes de gloria.

Intelectualmente, ninguno de los Reformadores fué más grande ni más interesante que Lerdo de Tejada. Fué el campeón que coronó la obra de la Reforma. A pesar de la guerra subterránea de intriga que el Clero desató en su contra, Lerdo triunfó.

¿Cómo no señalarlo como modelo inmejorable al joven mexicano? ¿Cómo no pedir a la juventud jalapeña que trate de imitar al hijo más ilustre de esta noble ciudad?

Lerdo recibió la herencia de Juárez en 1872. Ante la Diputación permanente, protestó el 19 de julio.

Y aquí un ejemplo glorioso para nuestro flamante ejército revolucionario:

El General Mejía, Ministro de la Guerra, fué personalmente a anunciar a Lerdo la muerte del Benemérito. Lerdo despachaba en la Suprema Corte, y allí recibió a Mejía. El General Mejía le dió la infausta nueva y lo saludó, sencillamente, como al Jefe legal de la Nación y del Ejército. Lo llevó ante el cadáver y allí le reiteró su fidelidad. Al mismo tiempo, el Gabinete de Juárez saludó en Lerdo al nuevo Presidente.

La ciudad se enteró, sin sorpresa, a la par que escuchaba el fúnebre estampido del cañón que le anunciaba la muerte de Juárez, de que Lerdo había asumido legalmente el Poder. Supo sin extrañeza, consideró como un hecho natural consumado la sustitución de persona prescrita por el pacto de 57. Jalapa debe recordar este hecho como una de sus más legítimas glorias. Su hijo más preclaro recogió la herencia del Presidente Juárez.

Con el advenimiento de Lerdo, calmáronse las pasiones. Las ambiciones de ayer desaparecieron. Enmudecieron los rencores. La actitud digna y la lealtad de los Juaristas impusieron respeto y admiración a los Lerdistas. La fusión de ambos partidos fué un hecho. Sin demostraciones ruidosas, sin aparato de comedia, con espartana sencillez que tan bien pinta el carácter fuerte y puro de los hombres de la Reforma, se fundieron en uno para salvar y engrandecer a la Patria. Así se produjo el milagro. Hacía cincuenta años que no presenciaba el Palacio Nacional una sustitución pacífica del poder.

Ante este acto sencillo y grande, los porfiristas se callaron. Aceptaron también la exaltación de Lerdo. No turbaron la sucesión presidencial ni con gestos ni con actos violentos. La purísima figura de Lerdo se impuso a las pasiones del grupo oaxaqueño.

No podía haber inaugurado Lerdo sus funciones bajo mejores auspicios. Lo comprendió y empezó a trabajar.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Su primer acto de gobierno fué excitar al Congreso General a convocar a elecciones presidenciales.

La Diputación permanente lo atendió; convocó al pueblo para acudir a los comicios el 27 de octubre.

El segundo de sus actos, conceder amnistía.

Anhelaba ver realizada la pacificación de México. Quería que la unión de todos los mexicanos fuera una realidad. La amnistía fué amplia. Sólo excluyó a los lugartenientes del imperio y a los Generales en Jefe republicanos que se pasaron al invasor. Solamente los traidores no fueron perdonados. Se ha hecho notar que la amnistía de Lerdo contuvo menos restricciones que las más generosas que se han expedido: la de Alejandro de Rusia no perdonó a los desterrados de Siberia que habían conspirado contra su padre el Czar Pablo; la de Carlos Segundo de Inglaterra excluía a los regicidas; la de la Carta Francesa de 1814 no dió garantías completas a los enemigos de la Restauración; la de Fernando VII abundaba en excepciones odiosas. Esta generosidad de Lerdo acabó de conquistarle el respetuoso afecto de sus conciudadanos. Los rebeldes oaxaqueños se acogieron, en su mayor parte, a la amnistía. Por algún tiempo, los porfiristas no estorbaron a Lerdo.

Concedida la amnistía, Lerdo de Tejada dirigió un manifiesto a la Nación. Era su plan de Gobierno; los proyectos del nuevo Presidente.

Estas fueron las promesas de Lerdo:

Profundo e inviolable respeto a la Constitución.

Fiel observancia de las Leyes de Reforma, que han afirmado y perfeccionado nuestras instituciones.

«Expedidas para estirpar vicios capitales de la antigua organización de nuestra sociedad, — decía Lerdo — abriéndole las puertas de un porvenir venturoso, han sido en su aplicación y desarrollo, el remedio de los males más complicados y la entrada victoriosa al seno de la verdadera civilización. Sobre la obligación que me incumbe de guardar y hacer guardar las leyes de reforma, aumentará mi celo para que por nadie sean infringidas, la convicción de que ellas constituyen las bases más sólidas de nuestra organización política y social».

Ofrecía además absoluta libertad de sufragio.

Amnistía amplia para que fueran efectivas las elecciones.

Respeto a los Estados; normalizar sus relaciones con el Gobierno Federal.

Seguridad de que usaría discreta y limitadamente de las amplias facultades de que estaba investido.

Respeto a las garantías individuales.

Respeto a la libertad de prensa.

Moralización y perfeccionamiento de la máquina gubernamental.

Y, por último, entregar el poder a quien fuera legalmente elegido para sucederle.

Terminaba el manifiesto de Lerdo con estas palabras:

«Mis hechos responderán de la sinceridad de mis sentimientos, y cuidaré de no apartarme en nada de los principios aquí consignados, para que, al terminar el período de mi corta administración, pueda aspirar a que mis conciudadanos den testimonio de que he procurado cumplir con mi deber».

Ya sus conciudadanos, ya la Patria, han dado su fallo. Lerdo cumplió gloriosamente con su deber. Sus errores de última hora no hacen sino prestar mayor realce a su personalidad superior y humanizarla.

Ofreció la amnistía, y la amnistía fué concedida sin límites. Lerdo fué generoso.

Juró respetar la Constitución y hacerla respetar. Y la Constitución fué respetada contra todos los obstáculos, a pesar de todas las pasiones, de todos los odios. Lerdo fué legalista.

Anunció la fiel observancia de las Leyes de Reforma. Y cumplió con exceso su promesa. No solamente las respetó y las hizo respetar sino que las incorporó a la Constitución. El renovado debate de estas leyes, al ser incorporadas, produjo una sacudida temerosa en las conciencias. El Clero y el elemento conservador, llamado impropiamente aristocracia, iniciaron una guerra a muerte contra Lerdo. Pero Lerdo, inconmovible, dió fin a su obra. Desde entonces, quedaron definitivamente inscritos, en nuestras Tablas máximas, los dogmas liberales: la separación de la Iglesia y el Estado; la supresión de las comunidades religiosas como asociaciones absolutamente ilegales. La prohibición de adquirir bienes raíces a todas las corporaciones; y las consecuencias de todo esto, en

sus manifestaciones externas, formaron el cuerpo de Derecho de la nueva sociedad mexicana. No vaciló Lerdo al incorporar estas leyes. No importaba que aparentemente dieran malos resultados económicos. No importaba que los bienes del Clero se tuvieran casi que regalar, sin utilidad inmediata apreciable para el Gobierno; no importaba que el Gobierno, carente de recursos, se viera obligado a suspender el pago de la deuda exterior. Había que salvar el principio; con el tiempo, fructificaría la Reforma. Así actuó Lerdo, el reformador, el idealista vigoroso lleno de fe.

Ofreció libertad de sufragio, y hubo libertad de sufragio. Lerdo fué un demócrata sin tacha.

Brindó amplia libertad de prensa; y la hubo con exceso. Como Madero, cayó herido por los arteros ataques de la prensa vendida. Lerdo fué un idealista.

Ofreció respetar las garantías individuales, y las respetó.

Prometió usar discretamente de sus facultades, y así lo hizo. Lerdo fué un estadista.

Ofreció moralizar y perfeccionar la máquina gubernamental:

Cumplió brillantemente su promesa: robusteció la autoridad administrativa del Ministro de Hacienda; concentró en la Tesorería General la facultad de reunir todas las cuentas y la de formar la del Erario, completando así la abolición de los fondos especiales. Además, evitaba los abusos de los militares porque era un civilista Conservó en sus puestos a casi todos los Secretarios de Juárez; hizo importantísimas aclaraciones al arancel; reorganizó los departamentos administrativos; llevó a la práctica la Ley del Timbre.

Ofreció respetar a los Estados; normalizar las relaciones de éstos con la Federación. Y creó el Senado. En éste, más que un contrapeso a las tendencias absorbentes de la Cámara baja, vió un medio de armar el Poder para impedir que los conflictos interiores de los Estados pudieran convertirse en conflagraciones generales. Esta sabia medida patentiza sus dotes de gran estadista.

Prometió usar discretamente de sus facultades. Usándolas, concluyó el Ferrocarril Mexicano. Le cupo en suerte bajar por primera vez en tren de la Mesa Central a las costas del Golfo. Al mismo tiempo, con gran serenidad, sin dejarse llevar de un éxito fácil, planteó, por primera vez en nuestra Patria, la cuestión de los ferrocarriles. La presentó bajo sus dos aspectos, el técnico, el político. ¿Convenían ferrocarriles de vía ancha o angosta? ¿Debíase consentir la cooperación yanqui en ellos?

No podía plantearse el problema con mayor sencillez, ni más profundamente. El técnico se presentaba a la par que el de la conveniencia nacional. Lerdo resolvió que no debería admitirse la cooperación norteamericana. Hasta se le tribuye esta gráfica frase: «Entre la fuerza y la debilidad, conservemos el desierto», ¿Será realmente suya? Por lo menos es indudable que a ninguno de los pretendientes norteamericanos le otorgó la anhelada concesión. Se decidió por una compañía mexicana, formada por mexicanos emprendedores. Porque Lerdo era un patriota apasionado.

Sin embargo, Lerdo tuvo que abandonar el Poder y salir del país. No todos fueron aciertos. Profundamente humano, cometió errores. Por un defecto intelectual, propio del hombre superior, fué demasiado orgulloso y en exceso reconcentrado. Creyó demasiado en sus dotes personales. No juzgó indispensable la continua cooperación de sus amigos. Se encastilló, al sentirse atacado. Al darse cuenta de la torpe oposición del Clero, al escuchar ataques que creyó injustos, se aisló en su torre de marfil y sostuvo, contra la opinión unánime de sus consejeros, a Gobernadores *imposibles*. La prensa enemiga aprovechó este descontento, lo supo cultivar. Riva Palacio y Villasana le ridiculizaron de manera sangrienta.

Ya en esta difícil situación, la Suprema Corte influyó indirectamente en su caída. Intervino, por medio del amparo, en la política local de Oaxaca. Se definió la famosa teoría de la *competencia de origen*, es decir, la de las facultades de la Corte, autorizada por el artículo diez y seis Constitucional, para investigar si los títulos de cualquier autoridad contra la que se interpone el recurso de amparo, son legítimos. Esta doctrina, que no es del caso analizar, convertía a la Corte en árbitro inapelable de la política del País. Lerdo resistió sin éxito este ensanche de facultades. La Corte se mantuvo firme, guiada por su ilustre Presidente.

La situación se hizo insostenible. El país abrigó la opinión de que para Lerdo había sonado la hora de partir. Cuando, por una mera cuestión local, estalló la revolución de Tuxtepec, el país estuvo seguro de que Lerdo caería. Pero Lerdo desoyó la opinión. Seguro de sí mismo, convencido de que había cumplido con su deber, reaccionó contra aquélla. La juzgó injusta y aceptó su reelección. Y este error definitivo provocó su caída y el triunfo de la revolución de Tuxtepec. En el destierro, se mantuvo digno. Siguió los pasos de la Patria. Se mantuvo alejado de la política. Escribió sus memorias.

Tal fué nuestro hombre y tal su inmensa obra. Que a él vuelva sus miradas la juventud. Era un hombre grande, fuerte y puro, estadista generoso y sabio y patriota; reformador y al mismo tiempo legalista; demócrata sin tacha, idealista ardiente, lleno de fe.

Volvamos nuestros ojos a él cuando el aguijón de la duda nos atormente. Si juzgamos mezquina la sociedad que nos rodea, si nos molestan sus ideales mediocres, torpemente egoístas, recordemos la obra trascendental de Lerdo, procuremos continuarla, perfeccionarla. Hay que respirar el aliento de los héroes. Procuremos perfeccionarnos. El ejemplo de Lerdo debe guiarnos en el diario luchar.

Vosotros, estudiantes de Derecho, no debéis olvidar que Lerdo, como vosotros, fué un jurisconsulto y que esto no le impidió mirar valientemente el porvenir. No debéis encastillaros en las ideas viejas, no debéis ensimismaros en la contemplación de infolios apolillados y pestilentes. Los tiempos son de lucha. No existirá por mucho tiempo la tranquilidad, tan adorada por nuestra pequeña burguesía satisfecha. No seáis una rémora, un fardo que impida el progreso social. Buscad la sabiduría en la misma vida. Mirad penetrantemente a vuestro alrededor. Recordad que el Derecho debe responder a las necesidades actuales de la sociedad. No hagáis como muchos abogados que tan sólo saben volver los ojos al pasado. Mirad siempre hacia adelante. No viváis con la mirada fija en lo que fué. Todo cambia. Todo evoluciona. Nada es permanente, nada definitivo. Lo que ayer fué bueno, hoy puede ser indiferente y mañana malo. Lo que hoy juzgamos exageradamente radical, quizás lo juzgarán atrasado nuestros hijos. Y como Lerdo, como Madero, como Juárez, tened fe en nuestra Patria; tened fe en nuestra raza. No hagáis caso de las torpes palabras gangosas de algunos pesimistas retrasados. Vuestro deber estriba en encauzar los nuevos anhelos, las necesidades novísimas de la sociedad. Recordadlo y creed en nuestra Patria. Trabajemos.

Recordemos que México valdrá cuanto valgan sus hijos: que los hombres hacen grandes a los países y no los países a los hombres. Esta verdad comienza a ser creída. Nuestros pensadores nuevos comulgan con los ideales de Rolland. Como él, conceden un valor trascendental a sus creaciones. Diríase que todos sienten como el vigoroso Juan Cristóbal, el héroe de las novelas de Rolland: que todos piensan como él.

Juan Cristóbal ha recorrido ya el camino. Repasa en su imaginación toda su vida. Evoca a quienes cono-

ció; escucha las campanas y el murmurio del Rhin...

El héroe muere. En la última página, no se trata más de Juan Cristóbal Kraft sino de San Cristóbal. Conocéis la leyenda: San Cristóbal atraviesa un río con un niño a las espaldas. En medio de la corriente, siente San Cristóbal que el niño es tan pesado que no puede avanzar. San Cristóbal cargaba al niño Jesús.

Este epílogo precisa el sentido simbólico de la obra de Rolland, refugio de todas las almas libres: por encima de las aguas que amenazan arrastrarlo, el artista, el que estudia, el obrero, todo el que trabaja por un ideal lleva a DIOS.

XAVIER ICAZA.

Jalapa, 25 de abril de 1923.

Notas bibliográficas

POEMAS FUERTES,
por G. ALEMÁN BOLAÑOS,
GUATEMALA, 1923.

CUANDO escribí el prólogo del primer libro de versos de Julio Avila, procuré, más que todo, hacer *clave de interpretación*, como dice el prologista de Alemán Bolaños poeta, porque temía con razón, que muchos aun de los cultores de la Belleza entre nos otros, no sólo mal comprendieran al autor de *Fuentes de Alma*, sino que lo tomaran por un malabarista del verso, por un buscador de nombradía o por un tocado del cerebro. Porque Avila ha roto bizarramente con las reglas de la tradición retórica.

Mas Alemán Bolaños, espíritu innovador, revolucionario, lleva la libertad literaria a tal límite, que parece que proclama la anarquía y el libertinaje en la República del Arte, donde Darío asumió la más iluminada y luminosa dictadura estética.

Erame conocido Alemán Bolaños como periodista. Juntos laboramos en el «Diario del Salvador». Sólo a Vicente A. Salaverry, en las oficinas de *La Razón*, de Montevideo, he visto trabajar como a él: con rapidez, nerviosidad, destreza y galanura. Me gusta más que Soisa Reilly, a quien comenzó imitando.

Sabía que Alemán Bolaños es panfletista casi sin rival en Centro América, por cuya supervivencia soberana y libre ha vivido en constante pugilato con los perversos.

Pero no sabía que fuese poeta. Su alma siempre ha sido de esteta en todo y para todo. Su prosa, bellamente nerviosa. Pero, ignoraba que escribiese versos. Y sus versos han tenido que vibrar al ritmo de su temperamento fino, fuerte, combativo, libre, leal, sincero, y a veces rudo, salvaje, bárbaro.

Pasa por la costa Norte de Honduras, y margina su batalladora actividad política con versos que cantan la belleza vernácula con voz del Mar Caribe:

«He visto un gran árbol
de ramas torcidas como nosotros.
Vosotros, arbustos, no sabéis
de eso.
Robles, cedros, guayacanes
de fuerte corazón,
frondosos como ceibas,
desafiadores de huracanes,
¡tal nosotros!

Te saludo, Chocano,
traginando en la montaña,
cabalgando en la campiña,
tu recuerdo me asalta.
El cañaveral, poeta, madrigaliza,
y cada mata es un manojo de espadas.
La brisa matinal,
deja sus gotas de diamante.
El banano, con sus grandes racimos,
agobiado como un gigante,
cansado,
invita a que le quiten la carga».

En la «vorágine de New York», el poeta le dice a una mujer:

¡Oh, tu seno! Allí reposaría.
Los pezones,—rojos obscuros, erectos—
serían el botón de tu electricidad.
Tu talle fino, el árbol para acogerme.
Y tus muslos, las columnas del edificio
que Dios hizo de ti!
Y por siempre mía: en pensamiento y actos.
Mi amiga, mi colega, mi camarada;
mi socia, mi auxiliar;
mi hermana, quizá mi esposa...!
¡No! Amo mi libertad: ¡te huyo!
Me voy de tu lado: eres diablesa.
Me exigirías mucho, que no podría darte.
O me darías mucho!

Es una manera de amar selvática, primitiva, y su lenguaje tiene toda la hermosa desvergüenza del «Cantar de los Cantares».

A la bandera de su patria, Nicaragua, la apostrofa con esta ruda franqueza, explosionada de su macizo patriotismo:

¡Levántate, humillada bandera;
levanta tus colores.
Que ellos se enciendan,
que ellos llameen,
que ellos se quemen al sol.
No estés en donde están,
donde te tienen tus hijos.
Demuestra que vergüenza es la de un trapo,
y no en la cara de los que te tiraran a los
[suelos.
Antaño, al viento ondeabas. Hoy,
ni siquiera reptar puedes...!
El asta, sola, te espera.
La cuerda tiembla.
Corpórate, bandera!
Es más libre en la copa del árbol
la hoja,
y hasta el zope es más libre que tú!
Otrora te miraban levantando los ojos;
ahora... ya sabéis.
Con los cielos solías confundirte;
con los suelos ahora.
Te destacabas antes, y hoy día
sobre ti se levantan:
la bandera del odio,
la bandera del crimen,
la bandera más vil:
el trapo del eunuco,
el trapo del servil.
Y como un rabo se mueve,
insultándote,
el trapo del esclavo.
¡Levántate, humillada bandera;
levanta tus colores!

Sensible que manche sus versos con ordinarieces, con palabras tan vulgares, que son una asquerosidad, una purulencia sobre el cristal de roca de sus poemas, como esa indecente *zope*, que hubiera suavizado diciendo al menos *zopilote*, cuervo, mejor, sin dejar por eso, de representar en esa ave de rapiña el noble asco que siente el poeta por el harapo que pretende ser insignia nacional. ¿Que con el vocablo zopilote, el verso aumenta dos sílabas? Nada importa. Para Alemán Bolaños no existen la mensura silábica, ni la fijación de los acentos, ni la cesura, ni precepto retórico de ninguna clase. Nada toma en cuenta, nada respeta, para expresar las emociones que se arremolinan de su alma a su cerebro. Tiene sensibilidad selecta, que es el talento, la genialidad, y eso le basta y sobra para hacer obra de Arte.

En la lira indómita de Alemán Bolaños, hay también vibraciones sentimentales. Su poema a Jesús es una radiante prueba de su espiritualismo, sano, fecundo. He aquí cómo concluye su canto a Cristo:

Y luego en el Calvario,
cuando subí jadeante,
a lo lejos,
distante,
divisé tu figura enclavada.
Tu cuerpo, blanco moreno,
era un jirón.
Longino te había dado la lanzada.
María, tu madre,
la pura María,
a tus pies, al pie de la cruz,
lloraba.
Y el cielo estaba negro,
y cruzaban relámpagos,
y atronaban los truenos,
y la tierra temblaba,
—y yo, miserable y consternado;
tu discípulo,
tu hermano,
tu hijo sumiso,
tu mal apóstol,
quien cree en tu divinidad,

abrí los ojos y quedé deslumbrado,
pues en lo alto del monte Calvario
brotaba la Luz,
salía el Incendio,
—cual cárdena hoz,—
y tu cuerpo blanco moreno,
era la brasa del incensario,
era la lámpara del lampadario
de Dios.

Los críticos, principalmente los preceptivos—que por desgracia existen todavía—dirán que Gustavo Alemán Bolaños no es poeta. Y los amplios, encontrarán más defectos que bellezas en sus poemas. Pero nadie le negará talento, imaginación, sensibilidad. Lo que más, todos reconocerán que sus emociones estéticas son vitales, de carácter social.

No creo que sea, cabalgando sobre Pegaso que llegue Alemán Bolaños a la alta y serena planicie de la plenitud, de la celebridad. Llegará a ella como va: por entre zarzales y rocas, luchando, sangrando por la libertad y la justicia. Y cuando llegue, doctorado por la vida, volverá a su lira, quitándole cuerdas de hierro para colocar las del alma que son toda altitud y paz.

JUAN RAMÓN URIARTE

San Salvador. 1923.

EL DELFÍN DE CORUBICÍ,
por ANASTASIO ALFARO,
SAN JOSÉ DE C. R. 1923.

PRECIOSA oportunidad esta para tratar del debatido problema de la literatura considerada como elemento de evolución de los pueblos, como cosa esencialmente profícua y dinámica. Pretenden ahora ciertas agrupaciones políticas desterrarla de las escuelas y colegios de la República, porque se les antoja simple verbalismo, amanerada distracción exenta de claros, de sobrios propósitos, de objetivos rendimientos sociales. Y se olvida que la verdadera literatura no tiene nada que ver con el literatismo, cuyos defectos alarman a nuestras burguesías políticas, carentes, en absoluto, de humanas preocupaciones de superior carácter espiritual. La estética es a la filosofía y las ciencias, lo que el placer de vivir es al hombre, lo que el sentimiento y el amor es a la compleja trabazón de la familia, de la ciudad, del mundo humano. ¿Y vamos a desterrar entonces las letras de la República? Quien esto pretende carece de los primordiales elementos de la cultura.

Los actuales hombres de ciencia la divulgan en páginas de luminosa sutilidad artística: los grandes naturalistas, como Fabre; los mejores astrónomos, como Flammarión; y los Ruskin... Críticos, filósofos, historiadores... Y aquí, en Costa Rica, con pretexto de ampliar la agricultura, las industrias y los oficios, como si no hubiese campo para toda noble inquietud, se aspira a desterrar el sentido estético de los hombres. Verdadera ignorancia de la estructura espiritual de las masas.

El precioso libro cuyo título encabeza estas líneas, escrito por D. Anastasio Alfaro, hombre de ciencia, llega, al presente, en este debate propio a los periódicos del siglo XIX, a manera de prueba irrefutable de las anteriores afirmaciones. Nunca he querido más la historia indígena de mi tierra, que después de haber leído *El Delfín de Corubicí*, donde a la exactitud de la topografía del suelo descrito—, península de Nicoya e islas del golfo del mismo nombre—, se agrega un enorme acopio de conocimientos de ciencias naturales, de costumbres indígenas, de historia precolombina. Todo expresado en estilo sobrio y claro, en un desarrollo novelesco que cautiva y que encanta. Sirva de ejemplo este libro admirable a quienes desean desterrar las letras de la República.

M. VINCENZI.

A un amigo impaciente

[Guillermo Allen White, el muy afamado editor de *Emporiam Kansas Gazette*, ha ganado el premio de quinientos dólares, denominado premio de *Pulitzer*, otorgado al mejor editorial publicado en los EE. UU. durante el año de 1922.

El referido editorial fué escrito cuando el Gobernador de Kansas, Allen, amigo íntimo de White, amenazó a éste con la cárcel por haber ostentado en el frontispicio de su oficina de redacción un cartel en que expresaba simpatías por los empleados de unos talleres que se habían declarado en huelga].

DICE Ud. que la ley está sobre la libertad de expresión, y yo replico que no pueden existir sabias leyes ni libre sanción de las mismas a menos que haya una libre expresión del común sentir. La amplia libertad de expresión lleva en sí el antídoto contra el veneno de la locura sectaria, y por ese motivo sobrevive la sabiduría popular. Esto confirma el parentesco del hombre con Dios.

Dice Ud. que la libertad de expresión no es buena en los tiempos de agitaciones; y yo digo, observando la triste realidad, que sólo en los tiempos de agitaciones es cuando la libertad de expresión está en peligro. Nadie la pone en duda en los días de calma porque en esa época no se necesita. Lo contrario es lo que comunmente ocurre.

Solamente cuando la libertad de expresión es suprimida es cuando ella es necesaria, y es necesaria porque es indispensable para la dinámica de la justicia. Buena es la paz, pero si Ud. se interesa en la paz por medio de la fuerza, eliminando la libre discusión sin la majestad del orden, su interés por la justicia es mínimo.

Y paz sin justicia es tiranía, y se asemeja entonces a la capa azucarada que apenas atenúa la amargura de una droga. Nuestro pueblo encuentra más peligros en la represión ejercida por los de arriba que en la violencia de los de abajo. Porque aquélla guía hacia ésta. En verdad la violencia lleva el germen de la represión.

Quien defiende la justicia ayuda a conservar la paz, y quien desprecia esa defensa a nombre de la misma paz, contribuye a ultrajarla y a matar en el corazón humano un delicado sentimiento que Dios puso en lo íntimo de su ser. Cuando este sentimiento se extingue, surge la bestia.

Así, querido amigo, elimine todo temor de su corazón. Nuestra nación prosperará y el Estado mantendrá el equilibrio en las diversas esferas de negocios y progreso que regula, si los hombres conservan en toda su amplitud la libertad de expresión, de tal modo que manifiesten sin cortapisas lo que sienten sus corazones.

La razón humana casi nunca falla; la fuerza y la violencia han hecho naufragar los valores morales del mundo.

(*Diario de Costa Rica*, San José de C. R).

UNA PUNTA DEL VELO

El flúido terrestre

Es un flúido esta cosa oscura, al parecer inerte, consistente y estática, a que llamamos *tierra*, y que es, para nosotros, el símbolo y el arquetipo de la inmovilidad?

La comparamos con el agua, que es, aquí abajo, el tipo de las cosas móviles y flúidas, y deducimos, arrebatadamente, que la tierra no es flúida, sino *sólida;* lo sólido, como dice la Biblia.

Pero tales caracteres de consistencia, solidez y elasticidad, son meras apariencias; pura ilusión originada por la niebla del tiempo: la *tierra* circula, resbala, fluye y refluye como el agua; sólo, que circula más despacio que aquella. Tiene hasta el mismo aspecto ondulatorio que nos ofrece el mar. Solo que, mientras las ondas marinas pasan fugaces y cambiantes, las ondas terrestres, petrificadas,—se diría dormidas—en el lecho de las llanuras y en los flancos de las montañas, necesitan milenios para desvanecerse. Subid a la cumbre de una sierra, de una montaña, y veréis claramente aquel sistema de collados, colinas y montes, modelado como el oleaje de un mar inquieto, y encrespándose a medida que asciende. En cierto momento, parece que el oleaje se petrificó, y que sobre el lomo luciente de las olas fué cayendo el polvo vagaroso de la atmósfera, del cual surgieron lentamente las rocas y la vegetación. En el mar, es el viento el escultor que esboza, talla y detalla las olas; aquí son las lluvias, el calor y los empujes subterráneos. Mas, una y otra, el agua y la tierra, reciben la misma configuración de flujo y reflujo, de olas y de ondas, que es la propia e inherente de los flúidos que se mueven libres y en grandes masas.

Observad, y veréis la tierra cambiar y circular tan constante y profundamente como el agua.

¿Qué era el trozo de pan que habéis comido esta mañana?

Trigo, arroz o maíz.

¿Qué era, hace algunos días? Una mata verdeante con doradas espigas.

¿De dónde había salido aquella mata? De la tierra. Las hojas, ya secas, las comió un caballo. Los granos, hechos pan, los comimos nosotros.

¿Qué son ahora? Una parte volvió a la tierra, en forma de deyecciones; la otra parte, vive en el cuerpo del caballo y en el vuestro, convertidos en sangre, en huesos, en humores, en substancia nerviosa. Ahí estarán algunos años; o mejor dicho, cada día, cada hora, cada instante, se irá un poco de vuestro cuerpo, reemplazados por nuevos elementos, y dentro de algunos años, ya no quedará nada de aquel pan. El trigo habrá vuelto a la tierra.

Tomad un árbol, un pájaro, una piedra, un trozo de hierro, y veréis que, bajo la acción del tiempo, todos van transformándose: haciendo parte de un cuerpo ahora, y mañana de otro; volviendo a la tierra constantemente, lentamente, hasta que se confunden con ella; hasta que los recoge en su seno, de donde salieron, de donde se apartarán aún, y a donde siempre volverán.

De idéntica manera circulan y fluyen y refluyen las aguas: hoy arroyuelos, después ríos, nubes mañana, luego masa de hielo en la cumbre de un monte, o nieve que se derrite bajo la acción del sol, o lluvia que desciende y es bebida por las plantas sedientas . . . o tantas otras formas . . . hasta que por fin, a veces en algunas horas, a veces en mil años, vuelven al mar, de donde partieron, y a cuyo seno siempre volverán.

Es como si en la pantalla de un cinematógrafo, algunas escenas pasaran lentamente, y otras raudas como centellas. Minutos o milenios, ¿qué significan en el vaivén del tiempo...?

* *

Nada sabemos sobre la esencia íntima de los flúidos, sino que son vibraciones del Ether. Aun la tierra, que forma el soporte de nuestro cuerpo, y que es nuestra casa, nuestro reino, nos esconde celosamente su alma. ¡Cuánto más nos andarán escondidos e inaccesibles los flúidos superiores, que apenas vislumbramos!

Ese polvo inerte que pisamos, ese barro informe que nuestros pies huellan irreverentes, esconde los poderes más grandes, las virtudes más eficientes, y cada una de sus creaciones es, en verdad, un desconcertante milagro.

De sus entrañas surgió aquí cuanto vemos: El mármol que es tan duro; la cera que es tan blanda. El cristal, que abre paso a la luz, y el granito, que le cierra el camino. La encina, que es tan corpulenta y soberbia, y el musgo, que es tan humilde y diminuto.

Ella dió su cuello donairoso a la gacela, y sus rastreras escamas al cocodrilo.

Creó la ardilla, que vuela sin alas, y al perezoso, para quien moverse es tristeza.

Talló las cavernas recónditas de las rocas oscuras, y las incrustó de fulgores que semejan rubíes y topacios.

Como un hada inagotable e incansable, cambia y transforma todas las cosas, y a cada golpe de su varita mágica, surge un sueño que parece una realidad, o una realidad que es como un sueño.

Todas las posibilidades son suyas, y sus maneras de expresarse son sin término. ¡Ved, cómo en cada uno del enjambre infinito de hierbas y de árboles, ha encerrado una nueva virtud, un nuevo pensamiento!

El café, que ilumina;
El vino, que enardece;
La estricnina, que alienta y electriza;
La coca, que adormece el hambre;
El opio, que apacigua el dolor;
La valeriana, que trae paz y serenamiento;
La ruda, que reanima y conforta;
La floripundia, que es ánfora del sueño;
El corcho, leve como una pluma;
El ébano, pesado como el plomo;
El ocote, que arde como una yesca;
El conacaste, que desafía al fuego;
El álamo, blando como de cera;
El chapultapa, duro como de hierro
... y cien más, y millares más de fuerzas y excelencias encarnadas!...

En cada hoja y en cada corteza, y en cada pluma, y en cada raíz, y en la piedra, y en la escama, y en la flor, alguna gracia, alguna fuerza, alguna influencia, algún pensamiento, alguna voz...

El polvo negruzco! el barro informe!... marfil, oro y platino; esmeralda y rubí; hulla, que es luz del sol; petróleo, que impulsa y maneja las máquinas gigantes; mármol, en que la Venus de Fidias y el Moisés y el Apolo, nacieran para ya no morir...

Acuérdate, hombre, que polvo eres, y en polvo te convertirás.

ALBERTO MASFERRER

(*El Día*, San Salvador).

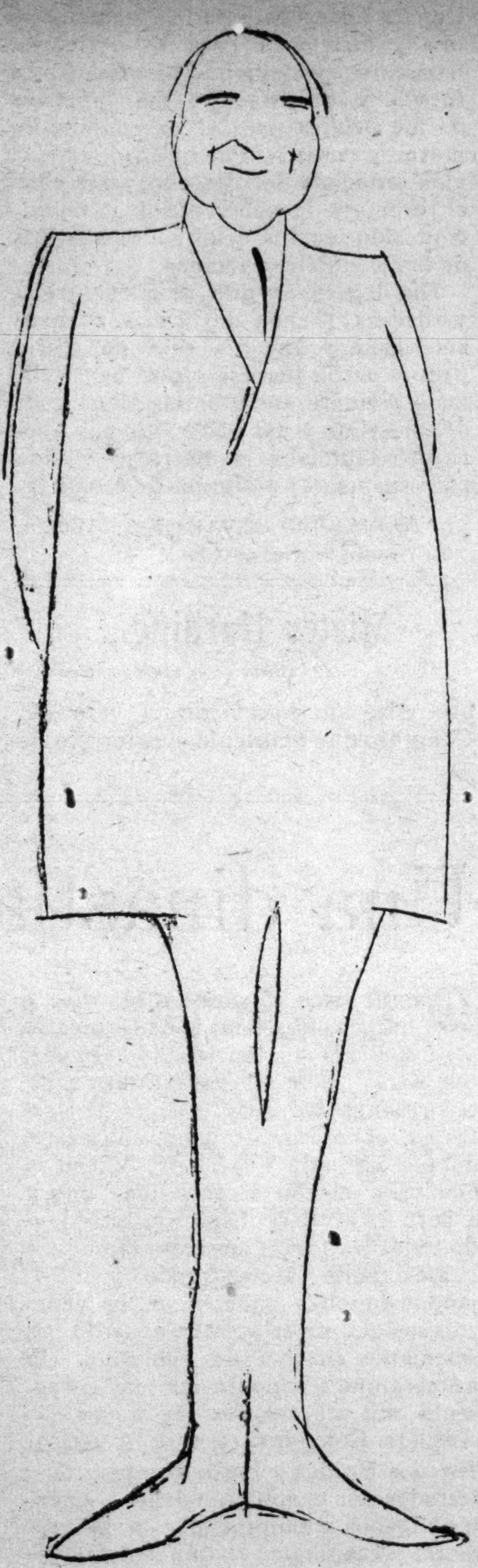
Mister Harding

El Presidente Wilson salió hacia el Oeste predicando la cruzada de la Sociedad de las Naciones, y volvió a Washington casi moribundo; y el Presidente Harding, hace apenas pocas semanas, fué también hacia el Oeste, en una cruzada semejante, la de la Corte de Justicia Internacional, y lo que regresa a Washington es su cadáver.

Parece repetirse el caso de la Esfinge de Tebas: el Presidente de los Estados Unidos que no logra resolver el enigma de la paz mundial y la reconstrucción europea o llega a las puertas de la muerte o las traspasa. ¡Trágico destino! El duelo del pueblo americano es muy grande; y la ola del dolor, aunque atenuada por la distancia, llega también hasta nuestras playas. Fué Mr. Harding para Costa Rica el varón justo, y, dadas las circunstancias en que su justicia resplandeció, vino a ser, en ocasión memorable, un gran benefactor de la República. Subió al poder en el propio momento en que nuestro conflicto con Panamá revestía para nosotros la mayor gravedad. No se trataba tanto de Panamá sino de lo que estaba detrás de Panamá. Los vínculos que unen a los Estados Unidos y a Panamá son de tal naturaleza que daban a aquéllos el pretexto de extender su poderío territorial, aparentando defender a Panamá y cumplir deberes contractuales con la vecina República. Se decía que la bahía de Golfito había sido una presa codiciada por el águila americana; y que Costa Rica ofrecía la oportunidad que hacía falta. En realidad la hora aquella era de inmensa angustia para nosotros. Sin embargo, tan pronto como la administración republicana tomó posesión del Departamento de Estado, cruzaron el aire, con la rapidez del rayo, los mensajes que, haciéndonos cabal justicia, descargaron la tensión eléctrica que nos oprimía y deshicieron la tormenta que nos amagaba. Cuando uno cierra libros de historia aprende que nación poderosa es sinónimo, una vez sí y otra también, de nación egoísta y opresora. Mr. Harding demostró que una nación puede ser grande por su marina y más grande por su justicia. ¡Loado sea Dios!

Hay dos hechos en que yo tuve alguna parte y que me complazco en recordar. Se firmó un tratado sobre extradición en nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores, el cual llegó al Congreso para su aprobación. Lo adversé por cuanto me parecía que, garantizando nuestra Constitución la inviolabilidad de la vida humana, no estábamos facultados para entregar a un hombre que pudiera perderla en los Estados Unidos de América, en manos del verdugo. Se me dijo que lo aconsejado por mí era un atrevimiento que podría ser peligroso porque nos exponía a una imposición de Washington; pero tal era mi confianza en el espíritu justiciero de Mr. Harding,

(Pasa a la página siguiente).



WARREN G. HARDING

Visto por MÁLAGA GRANDET.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Warren G. Harding

Wilson quedará en la historia como el Presidente de la guerra. Después de algunas vacilaciones su espíritu clarividente comprendió el gran papel que a su Nación le tocaba desempeñar en el escenario de Europa. Fué el caudillo de un gran pueblo pacífico que desenvainaba la espada para terminar el conflicto que afligía a la humanidad, sin esperar las recompensas que toman los vencedores sobre los humeantes escombros del vencido.

En marzo de 1921, Harding, el Presidente de la paz, recibe de las manos del ilustre antecesor desfallecido, la investidura del poder. Los Estados Unidos recogen abundante cosecha de honores y de ventajas como consecuencia de la guerra victoriosa. Sin buscarlo por los caminos de la ambición y del egoísmo, llegan al apogeo y son los árbitros del mundo civilizado no tanto por el inmenso poder del oro que se desborda de sus arcas, como por el poder moral representativo de ciento veinte millones de hombres libres.

Harding es tranquilo, fuerte y sobrio como un patriarca antiguo. Tiene algo de león en su semblante y sus ojos el mirar característico de las águilas. Su vida fué sencilla y si algo parecía predestinarlo a la Presidencia es la virtud del carácter, a la cual injustamente no le dan los hombres el mismo privilegio que al talento.

Su política obedeció a principios opuestos a los de Wilson. Quiso, siguiendo inspiraciones del Partido Republicano, fundadas en las tradiciones que datan de la época de Washington, no mezclarse activamente en las cuestiones del Viejo Continente y para acentuar esa conducta, repudió el pacto de la Sociedad de Naciones, las más bellas cláusulas de la paz de Versalles.

En cambio inició un movimiento acentuado de cordialidad con las Naciones de América Latina, ya que es en este Continente adonde la Providencia puso la verdadera reserva del porvenir en cuanto a productos de la tierra y reconocida como debe ser la homogeneidad de la estructura democrática que ha modelado a los grupos sociales que lo habitan.

En este sentido merece alabanza la oportuna y eficaz mediación para impedir las hostilidades entre Costa Rica y Panamá con motivo del conflicto de límites y fué principio sostenido en esa ocasión por Harding y su eminente Secretario de Estado «que el respeto de los tratados y de las decisiones arbitrales serían condición de armonía entre las naciones de Amé-

rica y plataforma invariable de la actitud de su Gobierno».

Tributemos nuestro aplauso al arreglo planteado en Administración pasada pero ejecutado recientemente, gracias a la influencia del Presidente, para indemnizar a Colombia de la amputación de Panamá, así como a la feliz intervención para lograr que se firmara el tratado de arbitraje entre Chile y el Perú para solucionar el conflicto de Tacna y Arica que ha mantenido la discordia entre las dos Naciones beligerantes de la campaña del Pacífico, evitando el equilibrio fraternal de Sudamérica.

Las aspiraciones del Presidente Harding abarcaban todo un programa ejemplar para el mundo. Será un honor para su nombre haber inaugurado la Conferencia del desarme, cuyo éxito parcial en algo alivia los presupuestos de las grandes potencias que buscan el dominio de los mares y que se obligaron a no seguir en esa desenfrenada y progresiva carrera de aumento de las flotas. Era más alta y más loable la intención. Se quería anticipar el reino de la justicia realizando el anhelo de tantos que murieron en las trincheras ofrendando la vida para que fuera aquella la última guerra, sacrificándose en aras del bienestar de las futuras generaciones. Pero el campo no está preparado para enterrar la rivalidad y el odio destructores y sólo en la mente de los hombres que se califican de idealistas florece el pensamiento de la paz.

Harding se anticipó a su tiempo pero fué digno del pedestal que merecen los verdaderos conductores de los pueblos. No sólo por sus intentos de pacificación, también por su propaganda tenaz en pro de la Corte de Justicia de La Haya. Sin abandono de la tesis contraria a los demócratas en cuanto a Europa y a la Liga de Naciones, trataba de obtener que los Estados Unidos ingresaran a ese Tribunal ilustre, para que todas las cuestiones pendientes o futuras de la gran República se fallaran por medio de arbitraje. La muerte no le dió tiempo para contemplar los frutos de su esfuerzo, como tampoco verá el arreglo de las dificultades con México, ni el retiro de los marinos de Nicaragua, puntos vitales para el éxito de su política exterior.

Ha muerto Harding en California, en medio de aquella soberbia naturaleza del Oeste que convenía y se armonizaba con su constitución vigorosa y luchadora, entre la población más latina de los Estados Unidos, en momentos en que él se ufanaba de los servicios prestados a su patria en el sentido de conciliarle las simpatías de nuestros países de Ibero-América.

La obra queda apenas iniciada. Cuánta buena voluntad se necesita de una y otra parte para su perfeccionamiento, conteniendo abusos de los fuertes y destruyendo desconfianzas de los débiles para el entendimiento mutuo y cordial. Por nuestro lado, la vida ordenada del derecho, para ellos el respeto a la soberanía y la no intromisión en los asuntos domésticos de las Repúblicas vecinas.

Día llegará en que se encuentre la verdadera prenda de la alianza panamericana y ese día será de gloria para el varón justiciero que ha declinado prematuramente, en pleno goce del prestigio y del poder, cuando apenas contemplaba la tierra prometida para sus nobles designios de estadista.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS

(La Tribuna, San José de C. R.)

Mister Harding...

(Viene de la página anterior).

que miré sin aprensión el voto del Congreso que mantenía el principio de la inviolabilidad de la vida humana. Lo que yo esperaba sucedió. El Departamento de Estado no se irritó, aceptó nuestro modo de ver, le buscó un sesgo a la dificultad, y se celebró un nuevo tratado, que aprobamos con el mayor gusto. Se celebró después otro pacto, el relativo a la apertura del canal de Nicaragua. La opinión pública se declaró contra él y fué retirado de la mesa del Congreso. Entiendo que la administración de Mr. Harding ni presentó quejas, ni ejerció presión, ni nos echó a la cara pasados favores. Su actitud cordial no padeció el menor eclipse. Nos trató siempre Mr. Harding como si hubiéramos sido una gran potencia, como habría tratado al Japón o a la Gran Bretaña. Por su ecuanimidad, por su benevolencia, por su rectitud, merece su memoria mi mayor respeto; por el bien que nos hizo, mi inextinguible recuerdo y afecto.

RICARDO JIMÉNEZ

(Diario de Costa Rica, San José de C. R).

Una dinastía en aprietos

DESDE hace muchos años, diez o quince, una familia de carniceros y campesinos criminales, los Gómez, que habían cobrado investidura militar durante la tiranía de Cipriano Castro, se apoderaron, traicionando a éste, del Gobierno de Venezuela. Ya en el Gobierno, establecieron el más rudo y oscuro de los despotismos, suprimiendo todas las fuentes de riqueza pública y asesinando, secuestrando y ultrajando, de todas maneras, a los venezolanos que no estaban de acuerdo con semejante sistema de gobierno. Un número que se calcula en más de sesenta mil venezolanos, anda por las Antillas, Colombia, Centro América, Estados Unidos y hasta Europa, desterrados por el gobierno de los Gómez, u obligados a emigrar por la miseria moral y económica en que está sumido el país. Apoyados en un ejército de esbirros y letrados pervertidos, los Gómez han declarado la guerra a muerte a toda una nación, y son innumerables los crímenes de que se han hecho responsables. Por último, envalentonados por el fracaso de todas las intentonas revolucionarias que se han efectuado contra ellos, y con el apoyo y las consideraciones que les rinden las demás naciones, comenzando por Estados Unidos, los Gómez resolvieron establecerse a perpetuidad en el Poder, y el año de 1922, Juan Vicente Gómez, después de catorce años de dictadura, se hizo nombrar Presidente Constitucional por otro período de siete años, y nombró primero y segundo Vicepresidentes de la pseudo república a su hermano Juan C. Gómez y a su hijo José Vicente. Es el primer ensayo formal de gobierno dinástico que ha ocurrido en la historia venezolana. Escandalizados por semejante monstruosidad, hasta sus mismos serviles comenzaron a desertar, empezando por su Ministro en Washington, doctor Santos Dominici, quien arrojó de sí, con asco y escándalo, la representación del déspota. Naturalmente, no faltó otro leguleyo que viniera a ocupar el lugar vacío. Pero el pueblo venezolano ha comenzado a comprender, aunque un poco tarde, que necesita hacer un esfuerzo y un sacrificio para limpiarse esa negra página de su historia; y ha puesto ya manos a la obra. En lugar de revueltas estúpidas, que cuestan la vida de millones de inocentes y empobrecen y descalifican a estas repúblicas, ha resuelto aplicar el cauterio supremo que debe aplicarse a úlceras de esa clase: el día treinta de junio apareció ultimado, en Miraflores, el palacio de los Gómez en la capital venezolana, Juan C. Gómez, el hermano de Juan Vicente, nombrado Vicepresidente por éste, y que gozaba la fama de ser el menos asesino y la-

drón de esa familia, predestinada a triste memoria en los anales democráticos de Hispano América. Ya otros atentados inocuos se han llevado a cabo, para suprimir también a Eustaquio y Evaristo Gómez, otros parientes del déspota, que ejercen su dominio en las localidades. Al Vicepresidente ajusticiado, por anónimo ajusticiador, que se podría llamar el pueblo, se le han hecho funerales principescos, y se han decretado ocho días de duelo nacional por su causa. Mientras tanto, Juan Bizonte ha declarado que por nada del mundo dejará la presidencia, que no lo intimida el pueblo con matar a su hermano, y que seguirá siendo el campeón de la paz y del progreso. Federico Tinoco huyó de Costa Rica cuando el pueblo de esta república le avisó a lo que estaba resuelto, con el asesinato de su hermano. Juan Bisonte dice que está decidido a esperar hasta lo último; sin embargo, no nos asombraría que en cualquier momento, salga en fuga, pues ya se sabe lo cobardes que se muestran estos Nerones cuando comprenden que la cosa va de veras. Y parece que ahora sí lo va, en la patria de Bolívar.

JOSÉ SIVANO.

(El Heraldo de México, México, D. F.)

Las elecciones de 1924 en Nicaragua

No es demasiado temprano para hablar de las elecciones presidenciales de 1924 en Nicaragua. El interés de este acontecimiento agita ya los partidos políticos de aquel país e invade y domina crecientemente la situación. Se discuten candidaturas. El Gobierno de la traición tiene ya su candidato, que es por supuesto *de la familia*. Las ambiciones germinan y el pensamiento de Washington es la obsesión de los espíritus.

Las elecciones de 1924 en Nicaragua serán un acontecimiento de extraordinaria expectación en la América y de excepcional importancia y trascendencia en los destinos de todo Centro-América. Gobiernos y pueblos, la América entera estará pendiente desde ahora de este acontecimiento, con los ojos puestos en Managua, en todas las capitales centro americanas, en Washington. Estas elecciones son en realidad de insuperable importancia, porque ellas harán ver aún a los ciegos y porque serán decisivas en la actitud de la opinión continental latino americana hacia los Estados Unidos.

¿Qué va a suceder en Nicaragua? ¿Subsistirá la oprobiosa y espantosa situación que allí han impuesto y mantenido por trece años los traidores de adentro y los explotadores de afuera bajo las bayonetas y la bandera de los Estados Unidos? Este es el problema que decidirán las elecciones de 1924.

Si las elecciones son libres y auténticas, la humillación, el infortunio, la miseria, la ignominia, el martirio incomparable de Nicaragua en la cruz del despotismo y el imperialismo, tendrá término. Nicaragua será libre y renacerá como nación.

Si las elecciones son, como en los últimos trece años, una infamia y un crimen protegidos y sancionados por la bandera de los Estados Unidos, la América sabrá que Washington persiste en insultar y desafiar y despreciar los sentimientos y la opinión de los pueblos latino-americanos, perpetuando en Nicaragua una situación que es el más impúdico, el más osado y el más soez ultraje a la decencia humana, a la piedad humana, a la dignidad humana. Washington probará, si se repite en 1924 la historia de los últimos trece años, que es más caro para él el mantenimiento de esta ignominia organizada y consolidada que es la subyugación y la explotación implacable e irresponsable de un pueblo inocente, un pueblo noble y heroico, un pueblo latino americano, por una minoría de nativos vendidos y una jauría de judíos extranjeros, bajo las bayonetas y la bandera de los Estados Unidos, que las cosas morales, las cosas sagradas, las cosas eternas que son el culto de la conciencia humana y el evangelio y el áncora de la civilización. Washington será así definitivamente e irremisiblemente denunciado por sí mismo como una terrífica y desenfrenada agencia de mal, de dolor, de infortunio, de esclavitud, de fraude, de reacción, de oprobio, de escándalo, de barbarie en la América.

Hay circunstancias que harán más horrendas la cobardía, la falacia y la contumacia de Washington, si la historia se repite. Ante la infamia y el crimen del último robo electoral, Washington, que había declarado solemnemente que en el más alto interés de los Estados Unidos estaba que las elecciones fueran libres y expresaran auténticamente la voluntad del pueblo de Nicaragua: Washington, que había garantizado oficialmente que las elecciones serían libres balbuceó una explicación. La responsabilidad había sido toda, como en Cuba, de la ley electoral. Era pues preciso reformar esta ley. Y la ley electoral ha sido reformada. Un abogado *americano*, contratado por el Gobierno de la traición y pagado por el Tesoro de Nicaragua, hizo una nueva ley, bajo la cual se harán las nuevas elecciones. En la Conferencia de Washington se firmó además una convención sobre leyes electorales en que las cinco repúblicas dan forma a su «deseo de garantizar cuanto más sea posible el libre ejercicio del sufragio» cuyos beneficios «no se pueden obtener sin el concurso de leyes apropiadas que hagan efectivo el uso de aquel derecho mediante adecuadas garantías», según dice el preámbulo. Nicaragua es el único país que hasta ahora ha ratificado los pactos de la Conferencia.

Todo esto parece indicar sin duda un propósito leal de rectificación y de enmienda. Pero si la historia se repite, todo esto no será sino parte adicional de la farsa electoral y revelará que la Conferencia y sus pactos fueron asimismo una farsa.

Considerado el problema en sus méritos hay que preguntar: ¿es posible una elección libre en Nicaragua?

A una elección libre en Nicaragua se oponen: el partido de la traición, o sea el partido conservador, los hombres de Granada, que triunfaron contra Zelaya con el apoyo de los Estados Unidos; y Washington, que obtuvo como precio de este apoyo el tratado de Bryan-Chamorro y el dominio absoluto de la legislación, de la política, de los asuntos internos de la república. El Presidente es un testaferro. Los senadores y diputados son un museo de monigotes. Quien gobierna es Washington. Quien sufre y paga es el pueblo. El partido de la traición es enemigo mortal de la libertad electoral porque por ella perdería el poder. Washington es enemigo mortal de la libertad electoral, porque por ella perdería las concesiones del tratado Bryan-Chamorro y la posición del dominio absoluto e irresponsable que goza en Nicaragua hace trece años, con las vías de comunicación acuáticas y terrestres, las aduanas, los bancos, los muelles, todo, en manos de los capitalistas de Wall Street, un centenar de marinos eternamente acampados en la capital de la república y un barco de guerra en el puerto de Corinto.

El Gobierno de la traición no sería cuestión. Siendo como es un maniquí de Washington el Presidente, y dependiendo de Washington su existencia, no sería en absoluto un obstáculo. Para que la libertad electoral sea posible en Nicaragua basta que Was-

hington la quiera, pero queriéndola se suicidaría, en el sentido de que todo cuanto por el fraude, la fuerza y el crimen posee en Nicaragua, lo perdería. ¿Está Washington dispuesto a suicidarse en Nicaragua, es decir, a renunciar las conquistas del imperialismo en aquel infortunado país? Esta es la cuestión, hoy como ayer.

El país sabe que Washington defenderá por la fuerza sus conquistas cuando quiera que sean amenazadas, es decir, que si el pueblo, burlado en las elecciones, se levanta en armas para reivindicar su derecho, Washington tarde o temprano intervendrá y salvará al Gobierno de la traición. La bandera americana en el Campo de Marte proclama constantemente la amenaza de Washington contra cualquier tentativa de libertad y de justicia del pueblo de Nicaragua.

En esta situación de impotencia, de desesperación y de desesperanza, hay hoy un peligro. Con la visión de este peligro escribo este artículo. La ambición personal es artera, y muy docta en el manejo y aprovechamiento de las armas que las circunstancias ofrecen a su destreza. La ambición vela como un ave de presa en esta hora de la tragedia nicaragüeña. La ambición sueña con poner a su servicio lo mismo al pueblo victimado y sin esperanza que al opresor extranjero, para hacer de la cooperación de los dos el elemento de su triunfo.

Washington es omnipotente en Nicaragua; pero su omnipotencia es vulnerable por las fuerzas morales que contra ella conspiran y trabajan sin cesar hace trece años. Moralmente, la situación de Washington en Nicaragua es insostenible, como lo fué al cabo en Santo Domingo; y Washington está ansioso de un expediente que le permita conservar su botín salvando su decoro. Washington está menesteroso de una mano que lo auxilíe y lo saque a la orilla en el terrible conflicto moral en que sus piraterías imperialistas en Nicaragua lo han hundido. Y esta mano, la ambición es la única que puede tenderla a Washington en esta hora de angustia. La ambición personal y Washington pactarían. El pacto sería por supuesto un pacto de ignominia, exactamente igual al que firmó hace trece años el partido de la traición, los hombres de Granada. Washington garantizaría a la ambición personal el poder; y la ambición personal garantizaría a Washington la perservación del *statu quo*. De este modo Washington haría popular y nacional la traición, porque la sancionaría, no ya la minoría de Granada, sino el partido de la mayoría, por medio de elecciones regulares y libres. Washington podría cantar victoria.

No es posible creer en la integridad de propósitos de un candidato presidencial que profesa la opinión de inteligencias de esta índole con Washington y trabaja al propio tiempo por alcanzar el favor de Washington para su candidatura. ¿Qué ganancia substancial habría para Nicaragua en un cambio de Gobierno bajo estas condiciones? La ganancia sería toda de Washington. Nicaragua arruinaría la sola fuerza que ha combatido y combate y combatirá eternamente por ella, su derecho, la moral y la justicia de su causa. Si claudica, morirá.

JACINTO LÓPEZ

(Concluirá en el número próximo).

Los niños de Galdós

2.—EL DOCTOR CENTENO

«Es un señor como de trece o catorce años, en cuyo rostro la miseria y la salud, la abstinencia y el apetito, la risa y el llanto, han confundido de tal modo sus diversas marcas y cifras, que no se sabe a cuál de estos dueños pertenece. La nariz es de estas que llaman socráticas, la boca no pequeña, los ojos tirando a grandes, el conjunto de las facciones poco limpio, revelando escasas comodidades domésticas y ausencia completa de platos y manteles para comer; las manos son duras y ásperas como piedra. Ostenta chaqueta rota y ventilada por mil partes, coturno sin suela, calzón a la borgoñona todo lleno de cuchilladas, y sobre la cabeza greñosa, morrión o cimera sin forma, que es el más lastimoso desperdicio de sombrero que ha visto en sus tenderetes el Rastro.»

Don Benito ama sus niños como ama sus hombres y sus mujeres. En el conjunto de su obra—como pasa en la Vida—unos no son más interesantes que otros. Sólo que, dijérase se le traiciona a veces por ellos lo mismo que por los seres más débiles e infelices que pululan en sus libros, cierta debilidad semejante a la que las madres manifiestan por sus hijos más desgraciados.

Cuando sus niños, ricos o pobres, pasan ante nosotros, con su inexperiencia, sus dolores—que parecen insignificantes a los ojos de los mayores y que para ellos pueden tener el mismo valor de aquel que hace a un hombre suicidarse—, su graciosa torpeza, sus sentidos en capullo estremecidos de curiosidad y su alegría de animalillos cabrilleando en torno nuestro, se nos derrite el corazón y reímos o lloramos o se nos despierta el afán de protección como si niños nacidos de mujer se movieran cerca de nosotros.

Sus criaturillas no son las de Lichtemberger, celebrado escritor que pinta niños modernos, el cual se complace en los retoños de la alta burguesía o de la nobleza, bien alimentados y bien abrigados, pequeños vasos artísticos de casa acomodada en los cuales el autor gusta de poner a refrescar sus fantasías de poeta, así como una doncella romántica pondría en un bonito búcaro un lirio o una rosa. Cuando se piensa en los pequeños héroes de Lichtemberger: Trott, Minnie, Linne, y se evocan a Nell y Dolly, al doctorcillo Centeno, al niño de Miau, a Gabrielillo, al Pituso, etc., aquellas otras figurillas adorables toman al punto aspecto de bibelots para solaz de madres, tías solteronas, abuelas, y maestros de gusto artístico, ligeramente sentimentales y que sin saberlo participan de las ideas del doctor Pangloss.

Poulbot, el célebre dibujante de *gosses* habría encontrado en el mundo infantil de Galdós, tanta línea trágica, tanta curva cómica! Y su lápiz habría copiado lleno de emoción, los gestos dramáticos, los ademanes desgarradores, las muecas disputadas por la risa y el llanto, las piruetas que provocan la carcajada, las actitudes que nos hacen tendernos hacia ellas deshechos en ternura.

Celipín es uno de los predilectos de Galdós, como Fortunata e Ido del Sagrario.

Aparece en «Marianela».

Es Celipín el hijo menor de la Señana. Tiene doce años.

De noche, cuando todos duermen, levanta en un rincón de la pobre cocina, sus castillos en el aire ante la Nela que desde la cesta que le sirve de alcoba le escucha embebida. Ella le ayuda en tan agradable tarea pues le acarrea puñaditos de mortero de humo para la erección de las torres altaneras que han de llegar a agujerear nubes, y uno que otro guijarro de verdad para los cimientos: las monedas que de cuando en cuando le da alguna alma caritativa. Ya la niña lo ve arrellanado en un coche, calzadas con guantes olorosas las manos, apoyado en el bastón de porra dorada o bien escribiendo aquellas recetas que se han de aderezar con una docena de mosquitos y palos de mimbre.

Después va y viene en dos tomos, un montón de páginas en donde la vida se mueve con sus misterios y sus ridiculeces, implacable, doliente, irónica. Y entre este follaje, sombrío aquí, alumbrado allá, la infancia del doctorcillo Centeno es siempre el pájaro que,—repleta de gorjeos la garganta como de granos el granero de un rico labrador,—canta y canta en actitud de gracia infinita, sin pensar en la rama seca en que está posado ni en la noche que se viene encima.

En «Tormento») comienza a esfumarse en el mozo el muchachillo sin vanidad, y así le decimos adiós cuando lo encontramos con alfiler en la corbata y envuelto en una capa.

Es la del doctor Centeno, una de las figuras infantiles más encantadoras de Galdós. Le perdemos de vista la noche en que huye del hogar paterno, en el momento en que Marianela lo encuentra en el camino, con el pequeño lío pendiente de un palo puesto al hombro, la marcha resuelta rumbo a los Madriles, en donde va a estudiar para médico. Lo volvemos a encontrar en Madrid, prendido de la capa de Alejandro Miquis—el niño grande—a quien alguien definiera como un «hombre en verso».

Posee nuestro héroe un optimismo extraordinario: si anda entre piedras es madeja de agua que salta sobre su dureza cantando; si se mete entre el vicio y la miseria es rayo de sol que se hunde en las charcas sin manchar sus oros. Si no, veámoslo vivir bajo la terrible protección de don Pedro Polo, de doña Claudia, de la fea Marcelina y de la maritornes de la casa, naturalezas más o menos berroqueñas; o arrojado por éstos de sus pétreos lares, «¿quién lo seguirá a las casas de dormir, a las compañías del Rastro, a los bodegones, a las tabernas, a los tejares y chozas de Arganzuela y las Yeserías, a la vagancia, a las rondas del Sur, inundadas de estiércol, miseria y malicia?»

Tremenda cosa es el amparo de este don Pedro Polo, capellán de las monjas mercenarias calzadas de San Fernando, pastor de una escuela en la casa que estas santas señoras le proporcionaran, contigua a su convento. Imaginad que «no era un maestro severo sino un honrado vándalo. Entraba a saco los entendimientos y arrasaba cuanto se le ponía delante. Era el evangelista de la aridez, que iba arrancando toda flor que encontrase, y asolando las amenidades que embelesan el campo de la infancia, para plantar luego las estacas de un saber disecado y sin jugo.» Después doña Claudia madre de Polo y de Marcelina, vieja malhumorada, que consolaba sus sempiternos dolores de cabeza con rodajas de papa en las sienes sostenidas por una venda; y Marcelina, tan fea la pobre, con su cara que «se salía de los términos de la estética y era verdaderamente una cara ilícita.» Mas, los coscorrones podían llover y menudear los ayunos y regaños, que el *doctorcillo Centeno*—así bautizado irónicamente Celipín por el ogro de su maestro—sabía encontrar distracción durante las tediosas veladas entre madre e hija, ya contando los hoyos y pelos que la desgraciada doncella soportaba en su rostro, ya atendiendo a los distintos ruídos que hacían las puertas, viejas de dos siglos, con goznes que no conocían el sabor del aceite y que imitaban al cerrarse o abrirse el mugido de un buey, el llanto de un niño o clamaban frases que el muchacho traducía así: —«Mira que te cojo»—mientras la Gramática en donde debía estudiar la definición del participio, se deslomaba ante él, en vano. ¡Dios de los tontos! porque aquello era lo mismito que asar manteca.

Además, allí estaban para hacerlo olvidar penas, Juanito del Socorro—su camarada predilecto, enredador y marrullero, cuya lengua era un ovillo de mentiras—y aquellas superbas corridas de toros.

¡Y qué fortuna la suya! ¡Qué habría dicho la Nela si lo viera encaramado en el desván que le dieran por dormitorio, el cual servía a las monjitas para guardar las piezas del monumento de Semana Santa e imágenes lisiadas! Al principio diéranle miedo las carotas estrambóticas de los judíos o la tiesura hierática de las vírgenes y evangelistas, pero poco a poco se acostumbró a tan inofensiva compañía y llegó el día en que hasta al respeto les faltara, pues sin muchas ceremonias le cogió la cabeza al toro de San Lucas y ensayó las suertes conque quería deslumbrar a sus amiguillos, en los indefensos santos, dejándolos más descalabrados de lo que antes estaban.

Veamos en lo que consistían estas célebres corridas:

En la calle de la Libertad, más allá de la esquina de la casa donde la redacción estaba, había un solar vacío, separado de la calle por una cerca de desiguales y viejas tablas. Dentro sólo se veían algunos montones de escombros, media docena de escobas y otras tantas carretillas que dejaban allí los encargados de la limpieza urbana. Tenía la tal valla una puerta que estaba cerrada casi siempre; pero Juanito del Socorro y otros chicos de la vecindad, asistentes a la escuela de D. Pedro, habían hallado medio de colarse dentro, arrancando una tabla y apartando otra; y posesionados del terreno, lo dedicaron a plaza para hacer en él sus corridas.

Habiendo sido admitido un día Felipe a esta diversión infantil, halló tanto gusto en ella, que se hubiera estado todo el santo día en la plaza, sin acordarse para nada de sus deberes escolares y domésticos, ni de D. Pedro, ni del santo de su nombre. Mientras más el juego se repetía, más afición le cobraba, y los domingos por la tarde, si sus amos le permitían salir, entregábase con frenesí a las alegrías del toreo. Saltar, correr, montarse sobre otro, ser alternativamente picador, caballo, banderillero, mula, toro y

---

En canícula

Estamos en canícula: por eso
como en días placenteros, decembrinos,
el polvo se remueve y se levanta
de la espalda agrisada del camino.

En la brisa sentimos un secreto,
las cosas nos parecen más divinas,
y las rosas parece que perdieron
el adorno terrible de la espina.

El ambiente es muy otro y es muy uno:
tiene una sideral delicadeza
en la cual se diluye toda el alma
como en una gran copa de belleza.

Conviértese en ruinas el palacio
de la tristeza pobre y lastimera,
y sentimos arder, divinamente,
el gozo de vivir sobre la tierra.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 13-VII-1923.

diestro, era la delicia de las delicias, exigencia del cuerpo y del alma, prurito que declaraba perentorias necesidades de la naturaleza. Días enteros pasaba pensando en el ratito que podía dedicar a la función o representándose los entretenidos episodios y pasos de ella. Y tanto repitieron los chicos aquel juego, que llegaron a organizarlo convenientemente, para lo cual tenía especial tino el gran Juanito del Socorro, sujeto de mucho tacto y autoridad. Era empresario y presidente, acomodador y naranjero. Dirigía las suertes y asignaba a cada cual su papel, reservándose siempre el de primer espada. A Felipe le tocaba siempre ser toro.

Quisieron proporcionarse una de esas cabezotas de mimbres que adornan las puertas de las ce terías; pero no lograron pasar del deseo al hecho, porque no había ningún rico en la cuadrilla, ni aunque se juntaran los capitales de todos, podrían llegar a la suma que se necesitaba. Se servían de una banasta, donde Felipe metía la cabeza. ¡Con qué furor salía él del toril, bramando, repartiendo testarazos, muertes y exterminio por donde quiera que pasaba! A éste derribaba, a aquél le metía el cuerno por la barriga, al otro levantaba en vilo. Víctimas de su arrojo, muchos caían por el suelo, hasta que Juanito del Socorro, alias *Redator*, lo remataba gallarda y valerosamente dejándole tendido con media lengua fuera de la boca.

Cada cual contribuía con sus recursos y con su inventiva a dar todo el esplendor y propiedad posibles a la hermosa fiesta. No había detalle que no tuvieran presente, ni oportunidad que se escapara a aquellas imaginaciones llenas de viveza y lozanía. Blas Torres, que era hijo de un prendero, se proporcionó una capa de seda con galoncillos de plata. Algunos llevaban capa de percal, y otros se equipaban con un pedazo de cualquier tela. Perico Sáez, que era hijo del carnicero, presentó a la cuadrilla una adquisición admirable y de grandísimo precio: un rabo de buey, que Felipe se ataba en semejante parte para imitar la trasera del feroz animal. Con aquello y la banasta en la cabeza y los bramidos que daba parecía acabadito de venir de la ganadería. Fuenmayor llevaba las banderillas de papel, y Gázquez, que era hijo del estanquero, llevaba una cosa muy necesaria en juego tan peligroso, a saber: tiras del papel engomado de lo sellos para aplicarlo a las heridas, rozaduras y contusiones. El chico de la prestamista se había proporcionado una corneta para hacer las señales y algunos cascabeles para las mulas; y Alonso Pasarón, el de la tienda de ultramarinos, que era artista, pintor y tenía su caja de colores para hacer láminas, llevaba los carteles con una suerte pintada en verde y rojo, grandes letras y garabatos en que no faltaba palabra ni fecha, ni detalle de los que en tales rótulos se usan. Pero de cuanto aquellos benditos inventaron para imitar al vivo las corridas, nada era tan ingenioso como lo que se le ocurrió a Nicomedes, hijo del dueño de una tienda de sedas de la calle de Hortaleza. Este condenado reunió en su casa muchas varas de cinta encarnada; con ellas hacía un revuelto lío, se lo metía en la camisa junto a la barriga, y cuando en lo mejor de la lidia desempeñaba con admirable verdad, vendado un ojo, el papel de caballo, y venía el toro y le daba el tremendo topetazo en el cuerpo, empezaba a soltar cinta y más cinta y a cojear y dar relinchos y a hacer piruetas de dolor, con tal arte, que parecía que se le salían las tripas y que se las pisaba, como suele suceder a los caballos de verdad en la sangrienta arena de la plaza. Para que nada les faltara, también se habían adjudicado unos a otros sus *alias* en sustitución de los nombres verdaderos. A Nicomedes se le llamaba *Lengüita*, sin duda por lo mucho que hablaba. Blas Torres, ilustre hijo de una prendera, tenía por mote *Trapillos*. Felipe respondía por el *Iscuelero*, y Juanito del Socorro tenía un apodo a la vez popular y respetuoso, nombre peregrino, que declaraba en cierto modo su origen literario. Se le llamaba *Redator*.

En lo mejor de la pelea se presentaba un individuo de policía o el guarda del solar, y les echaba a la calle... Porque, verdaderamente, ¿qué cosa más contraria a la dignidad de una población que esta batahola de chicos en un solar cerrado, en día festivo, y cuando los mayores se entregan con delirio a las ardientes emociones del toreo verdadero? Los guindillas o polizontes municipales demostraban un celo digno de todo encomio en la corrección de estos abusos infantiles, y el guarda, enojadísimo porque profanaban la virginidad de su solar, la emprendía a escobazos con los lidiadores y... Dios nos libre de que alguno se le rebelara... Por la calle adelante salía corriendo la partida, perseguida activamente por la fuerza pública, y al fin se disolvía, sin más consecuencias y sin ninguna desgracia personal».

***

La falta de respeto cometida con el toro de San Lucas, hace que lo arrojen de casa de los Polos.

Entra a servir de escudero y amigo a Alejandro Miquis «tan bueno, tan bueno, que no hacía más que disparates». Alejandro Miquis, el raro muchacho que tenía la monomanía de pagar sus deudas y de alborotar y hacer echar a correr de su bolsillo cuanta moneda quisiera reposar en él.

Ya tenemos a Celipín entre estudiantes en la casa de huéspedes de doña Virginia, muchachos traviesos y maleantes los más, y gentes de espíritu con tics muy marcados, como aquel de don Jesús Delgado que se pasaba la vida escribiéndose cartas a sí mismo.

Alejandro Miquis, a pesar de lo goloso que es de las damas y de que parece haber hecho voto de no castidad, es un chiquillo: nunca se le ve tomar la postura soberbia, grave o estúpida que toma la gente grande para jugar sus juegos de Amor, Política, Arte, Ciencia o Comercio. Juega al Amor o al Arte con el mismo estremecimiento voluptuoso con que ciertos niños escuchan cuentos de hadas o aparecidos o con el entusiasmo con que encumbran una cometa.

¡Tierna amistad la que nace entre estos dos seres, absurdo el uno en el comercio humano, confiado, inocente, optimista el otro, que se apoyan mutuamente en su debilidad!

Vive el segundo las fantasías del primero con la naturalidad con que viven los niños en el reino de las leyendas, y así su amo es a sus ojos el mismísimo duque de Osuna y él ni más ni menos que su humilde criado don Francisco de Quevedo.

Vagan por la ciudad como sólo los niños saben hacerlo: «Avidos, sin darse de ello cuenta, de los goces mentales que proporcionan los panoramas populares con paisajes y figuras, bajaban al río y entraban en grandes altercados con las lavanderas; daban la vuelta por las Injurias y las Yeserías; subían fatigados a Madrid después de cuestionar con los gitanos de la Ronda de Embajadores, y por último, algo tenían que hacer a las puertas de los cuarteles, oyendo conversaciones picantes entre mujeres y soldados».

«Se metían también en las iglesias a oir sermones y ver las beatas y oir cantorrios y salmodías. En la puerta no faltaba un poco de palique con los mendigos. Hasta se atrevieron a colarse una tarde en la sacristía, de donde les echaron poco menos que a puntapiés».

Crueles experiencias las del doctor Centeno al lado de Alejandro Miquis que se pone enfermo de tisis. Entre una y otra, sueña con su amo o estudia anatomía en el gato muerto de Rosilla Ido, y defiende el último acto del «Gran Osuna»—drama escrito por

Para sentir el amor

Para sentir el amor
en su más alta expresión,
es necesario tener
en ascuas el corazón;

es necesario fundir
las ansias de nuestro ser,
en el divino crisol
del alma de una mujer.

Para sentir el amor
en su infinita amplitud,
a Dios debemos pedir
la fuerza de la virtud.

¡Que no se apague el fulgor
de esta divina pasión:
que nos arranquen mejor,
palpitante, el corazón.

J. J. Salas Pérez

San Ramón, julio 1923.

el pobre Miquis — que los chiquillos de la vecindad han escamoteado y con cuyas hojas una madre hace piruchos a su niña, otra enciende la lumbre y las restantes son convertidas en pajaritas de papel.

Después, en el coche que lo lleva al entierro de su amo, Ido del Sagrario propone un empleo al escuderillo cesante: el de ir a vender petróleo por las calles, en cántaros cargados en un caballejo, y él anunciará la mercancía a las criadas con una trompeta, lo cual lo hará parecerse al ángel del Juicio Final.

CARMEN LIRA

Dulcis Armorica

(A ILDEFONSO PALMA, uno de los poetas silenciosos).

La sombra, los oscuros paisajes del invierno,
y la lluvia, no debes extrañar que yo cante,
si fueron mis abuelos por el lado paterno,
de la dulce y callada Bretaña bretonante.

Ojos azules hechos para una luz divina,
doradas cabelleras. Morbihan, Cotes du
[Nord,
Finisterre: Mis poemas ebrios de sal marina,
se mecen como barcos de babor a estribor.

Y las cofias de nieve. Niñas así tocadas
son muy blancas por dentro, muy blancas
[por de fuera.
La espuma da sus voces lejanas y apartadas,
en una cofia blanca. La niña casadera

de Bretaña que lleva encajes y blancura,
en su alma de cristiana, cofiada, es más
[hermosa,
más niña, más ingenua, más envuelta, más
[pura
y más yo no sé cómo de huraña y silenciosa.

Las blasfemias no llegan, y nunca Vargas
[Vila
podrá manchar los ojos azules del bretón.
El faro de San Ivo, milagrosa pupila,
fray Silencio de Cristo, su divina razón

impone, voz muy baja contra los palabreros,
que son a todas horas, hablar, hablar,
[hablar.
En el silencio blanco de los barcos veleros,
sólo se oye la misa gregoriana del mar.

De los Celtas huraños, dormidas cantilenas
y puntos suspensivos... un dolmen y un
[menir,
la mejor prehistoria para gentes de buenas
costumbres y sencillo complicado vivir.

Yo digo complicado, por el soplo divino
¡al mar! ¡al mar!, *necesse navigare*,
[debemos
copiar las aventuras de Simbad el Marino,
en paisaje de velas y música de remos.

Pues, de María madre y de Jesús abuela,
un barquito precioso, mi Señora Santa Ana,
por mi niño grumete, en un navío escuela,
para que no se caiga del palo de mesana.

El humo de las pipas, la cidra perfumada.
Plougastel, Plougasnon, Treguier, Morlaix,
[Paimpol:
¿No ves hasta en los nombres una luz
[encantada,
ámbar y concha nácar y glauco tornasol?

Así como los peces, luz de siete colores
llevan en las escamas, porque son
[humildosas
criaturas de silencio, cuando los pescadores
vuelven con sus redadas, las gracias
[luminosas

del mar entran y salen, como niñas desnudas
por todos los humildes rincones de la aldea,
y se apagan los odios y se aclaran las dudas,
como cuando pasaba Jesús de Galilea.

Be mayúscula pinto, Bretaña, mi Bretaña,
dos humildes amores, dos círculos
[hermanos.
Escondida dos veces, cual los ciervos,
[huraña
mi vida tiene libros cerrados y lejanos.

En los cuatro cuarteles de mi escudo,
[pondría
la clásica retama de los Plantagenet,
en aquel silencioso *manoir* de Ker María,
dentro de los unidos círculos de la B.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic., 15 de julio de 1923.

Breve curso de telegrafía inalámbrica (1)

ONDAS

EL tema de hoy será la música desde un punto de vista matemático.

Cuando se nos enseñaba música en la escuela, se nos decía que la música era la combinación de sonidos de manera agradable al oído (del hombre civilizado). Probablemente todos recordarán la anécdota del monarca africano que pidió que se le repitiera la primera pieza del concierto dado en su honor. Se refería a la afinación de los instrumentos.

Una nota pura, es decir, una nota producida por una sola frecuencia no es desagradable al oído, aunque parece monótona debido a la falta de condimentos, como si dijeramos. Una nota pura, sin embargo, es desagradable cuando la frecuencia es demasiado alta, o cuando es demasiado baja. La nota de un tambor mayor es tal vez la frecuencia más baja que algunos oídos toleran, y la nota que sólo los violinistas más diestros pueden producir, es, tal vez, la mayor frecuencia que es agradable para la mayoría de los oídos.

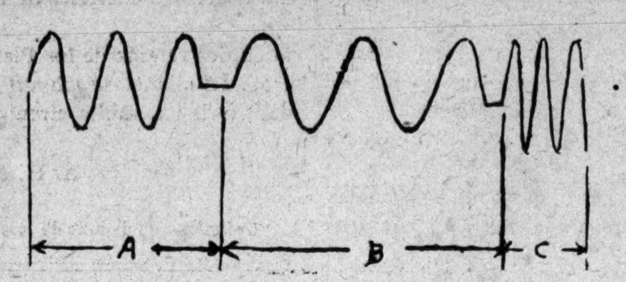
Sea como fuere, las notas de la música corriente están limitadas a frecuencias de 150 a 3000 ciclos por segundo. El do natural es producido por vibraciones de una frecuencia de 256 ciclos por segundo y un do una octava más alta es producido por $256 \times 2 = 512$ ciclos por segundo. Vemos, pues, que cuando una nota se toca simultáneamente con su octava, el oído responde a la combinación de frecuencias que tienen una relación de 12 a 2. Notas que tienen una relación de uno a dos, de dos a cuatro, de 6 a 3 o relaciones simples, producen sonidos agradables al oído, pero notas con relaciones como 1 a 7, 5 a 7 son desagradables al oído. Estas relaciones podrán estudiarse con más detalles cuando aprendamos la representación gráfica que estudiaremos luego.

El oído no solamente es uno de los sentidos que reaccionan con gran rapidez, sino que es capaz de distinguir varias frecuencias cuando se combinan y puede darse cuenta exacta de la forma de la vibración que resulta de la combinación de varias vibraciones. Así pues, aunque la nota fundamental emitida por un órgano, un violín o un piano sea la misma, podemos darnos cuenta del origen de la nota por las características peculiares de cada una, debido al mayor o menor número de frecuencias secundarias combinadas. Estas características que constituyen el timbre, como se le suele llamar, hacen que las diferentes voces puedan ser reconocidas, y el mayor o menor número de frecuencias secundarias discordantes hacen una voz agradable o desagradable. Por supuesto, que aunque estos detalles se adquieren con la educación de la voz, la nota fundamental que una laringe puede emitir es lo que caracteriza los tenores, bajos y sopranos. Quiero, pues, afirmar la idea de que voz, música, canto de pájaros o tañido de campanas no son sino

(1) Véase el artículo anterior en el Nº 4 del REPERTORIO, tomo en curso.

combinación de frecuencias de vibración con mayor o menor amplitud. Esto no es desconocido al fabricante de muñecas que dicen «mamá» y «papá» y gatos que maullan, ni al organista que puede imitar un violín, o un saxofón.

Supongamos ahora que tenemos una superficie con irregularidades en forma sinuosoidal como lo muestra el grabado. La palabra sinuosoidal no es desconocida a los estudiantes de trigonometría, pero para aquellos a quienes la trigonometría no es familiar, baste con saber que la forma arriba mostrada corresponde a la sinuosoide. Luego la estudiaremos con más detalles. Es evidente que si resbalamos la superficie irregular bajo un aguja, a una velocidad constante, la aguja vibrará con una frecuencia en la sección **A**, con otra frecuencia en la sección **B** y con otra en la sección **C**. Si la aguja se conecta ahora a un tamborcillo como el diafragma de un fonógrafo, las vibraciones se convertirán en presiones y rarefacciones del aire que el oído puede interpretar como sonidos; y si ahora agregamos una corneta, mayor superficie de aire será afectada y el sonido aparecerá más fuerte. Pero aunque comenzamos con una nota pura producida por la sinuosoide, las características del diafragma y de la corneta cambian la calidad de la nota introduciendo vibraciones secundarias más o menos armónicas que el oído interpreta: diafragma flojo, corneta de madera, corneta de metal. Es natural que para que las vibraciones den una nota proporcional al mayor o menor número de altos y bajos en cada sección, la velocidad debe ser constante y podemos cambiar la nota cambiando la velocidad. Por eso las notas de un disco de fonógrafo se hacen más y más bajas a medida que se disminuye la velocidad. Supongamos ahora que una persona habla en frente de un diafragma. Este diafragma se moverá al unísono con las diferentes inflecciones de voz que producen presiones y rarefacciones del aire. Si este diafragma se conecta a una aguja, colocada sobre una cinta que se mueve con una velocidad uniforme, esta aguja trazaría en la cinta una línea llena de ondulaciones que son como una representación gráfica de la voz. Si ahora hiciéramos que la aguja recorriera de nuevo la línea siguiendo las ondulaciones a la misma velocidad en que fueron reproducidas, reproduciríamos la voz de nuevo. Pero la amplitud que la voz puede dar al movimiento de un diafragma es tal, que se necesitaría un microscopio para distinguir las ondulaciones. Por eso la aguja en cuestión se hace correr sobre una substancia plástica y las ondulaciones quedan moduladas como en los discos de fonógrafo. Un disco de fonógrafo es una plancha con un surco en espiral para guiar la aguja. La voz o canto reproducidos por la aguja, son el resultado de vibraciones que son producidas por altos y bajos que en el surco fueron moldeados de manera indirecta por voz o canto.



Si hiciésemos un corte transversal en un disco Edison, por ejemplo, podríamos ver con la ayuda de lentes las formas de las curvas que reproducen la voz. La voz a su vez fué producida por vibraciones de las cuerdas vocales con las modificaciones producidas por la cavidad de la boca, los dientes, los labios y las cavidades nasales. Y al reproducir la voz, todas las características aparecen en un conjunto que el oído interpreta a su modo.

Vemos, pues, que si logramos analizar un sonido, sea cual fuere, podremos reproducirlo con exactitud, si logramos combinar los elementos que entraron en el análisis. El proceso sintético es muy difícil y casi no se trata de obtener reproducción de esta manera; así como día con día la fotografía va suplantando el retrato a mano, en el teléfono no se hace más que copiar en un diafragma las vibraciones, que se convierten en un proceso eléctrico, así como la fotografía interpreta la imagen por medio de un proceso químico, para luego hacer aparecer de nuevo el efecto original. Nadie dirá que la persona está en el retrato, tampoco oímos la voz de la persona que habla, sino su reproducción rápida.

WALTER SAGOT

New York. [illegible]23.

Opinión

de la singular poetisa salvadoreña Carmen Brannon sobre la mujer norteamericana.

De una carta escrita por Carmen Brannon a una amiga de Sonsonate, tomamos los siguientes párrafos:

Nueva York, 4 de julio de 1923.

... Tenemos una muy mala idea allí en nuestros países de la mujer americana, porque sólo conocemos la vida de aquí por medio de la Prensa escandalosa y de nuestros muchachos que vienen a este país a rozarse con lo peor...

La muchacha americana *nice*, como dicen aquí (y hay muchísimas) ni siquiera se pone polvos en la cara... ¡Cuánta razón tenía el doctor Quesada!...

....

La *flapper* NO ES la muchacha *nice* aquí. Los hombres las conocen al momento y las cortejan mucho para *divertirse* solamente.

....

La muchacha *nice* es digna de todo respeto y de la admiración del mundo. Es la verdadera mujer moderna, digna, trabajadora y libre, pero que sabe usar su libertad.

....

CARMEN BRANNON

NOTA:—*Muchacha flapper*, quiere decir, muchacha que se pinta, que se corta el pelo, que usa vestido rabón y no le importa nada. *Muchacha nice*, quiere decir muchacha decente, en su más genuina significación.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica